

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 25 DE AGOSTO

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Las revoluciones hispano-americanas

[Versión taquígráfica. Esta sabrosa conferencia se pronunció en la UNION IBERO-AMERICANA de Madrid, el día 10 de abril de 1924].

Señor Presidente, Señor Embajador,
Señoras, Señores:

DEBO empezar esta corta disertación dando las gracias al señor Marqués de Figueroa, que ha tenido la amabilidad de invitarme a conversar con ustedes por unos momentos sobre asuntos americanos. Al mismo tiempo, debo darles gracias también a los Representantes diplomáticos de la América del Sur, que han tenido la amabilidad de asistir a esta conferencia, y aunque estoy convencido de que no llegaré en ningún caso a satisfacer la expectativa de los presentes, no por eso es menor mi agradecimiento. Sin embargo, debo prevenir a los presentes: la UNIÓN IBERO-AMERICANA, como ustedes lo saben, se ha distinguido siempre por sus sentimientos humanitarios; pero en esta ocasión me parece que ha derogado la fama que sobre ella han aglomerado los años. Llamar a un cierto número de personas y colocarlas en una sala que no tiene más que tres salidas para escuchar a un mal orador, no es precisamente una señal de humanitarismo...

El título de esa conferencia es: *Las revoluciones hispano-americanas*; hubiera querido poner: *Las revoluciones hispano-americanas y Europa*, pero resultaba el título demasiado largo con apariencias de título de novela romántica de 1848. Por esa razón no he dicho más que *Las revoluciones hispano-americanas*; pero necesito comparar las revoluciones hispano-americanas con el sistema político europeo desde 1800 hasta 1900. Naturalmente, que en esa comparación España no entra.

En concepto de Napoleón, Africa comenzaba en los Pirineos. Teniendo presente el origen de la frase histórica no hemos de comentarla; porque «cada uno habla de la feria como le va en

ella». No; España no es Africa, ni tampoco Europa; España es una nación hispano-americana. Por consiguiente, la comparación que voy a hacer entre Europa y América no se refiere en absoluto a España.

Una de las cualidades esenciales del espíritu humano es la capacidad de asociar las ideas distintas, capacidad que está al alcance de todo el mundo. Es el recurso fundamental de los poetas, y un ejercicio mental del que no escapan ni siquiera los niños. Pero hay otra cualidad del espíritu humano, mediante la cual logramos disociar las ideas, empresa menos frecuente y mucho más difícil. Esta noche voy a hacer, si me acompañan ustedes, un ejercicio de disociación de ideas. Las ideas que vamos a disociar son éstas: las revoluciones y las naciones hispano-americanas.

En Europa, desde el mismo momento en que se usa la palabra Hispano-América acude a la mente de la persona que la oye pronunciar la idea de revolución; y desde que se dice revolución acude también a la memoria de la persona que oye pronunciar esa palabra el nombre de Sudamérica. El trabajo de disociación de las ideas, como he dicho, es muchísimo más difícil que el trabajo de asociarlas.

Si todos los cuerpos blancos fuesen duros y todos los cuerpos duros fuesen blancos, seguramente que el espíritu humano no habría logrado todavía hacer la diferencia entre los conceptos de dureza y blancura. Hay un animal muy inteligente, más inteligente que el hombre, porque ha resuelto el problema social y el problema sexual, que todavía no ha podido resolver la civilización contemporánea. Este animal es la abeja. Pues la abeja, con toda su inteligencia, no ha podido separar dos conceptos: el de fluidez y el de transparencia. Una abeja sube y baja du-

rante días enteros por un vidrio incoloro, imaginándose que, siendo transparente, debe ser fluido, como lo es el aire. En su larga historia de conquistas sociales la abeja no ha logrado disociar esas dos ideas. Yo espero de ustedes que me ayudarán esta noche a disociar las ideas de Sudamérica y las revoluciones.

He dicho que el hombre es menos inteligente que la abeja, y habrá, indudablemente, entre los presentes algunas personas que encuentren exagerado este concepto. No voy a hacer una disquisición sobre Historia Natural; pero sí voy a hacerla sobre la discreción natural en el espíritu humano.

El hombre ha hecho la clasificación de las especies animales, y ha comenzado por llamarse *homo sapiens*. Estoy seguro de que si el asno, por ejemplo, hubiera hecho la clasificación de las especies animales no habría comenzado por decir *asinus sapiens*. Y seguramente, si nosotros supiéramos que ese animal había hecho la clasificación y se había calificado con ese título, por lo menos sonreiríamos cuando lo oyéramos llamar con ese nombre. Un naturalista que estudia las abejas y las hormigas con mucho interés ha propuesto que se cambien los nombres científicos del hombre y de la hormiga, y que se llame al hombre *homo inhumilis semi-sapiens*, y a la hormiga, *formica sapiens*. Este hombre me parece más discreto que los que hicieron la clasificación de las especies animales, con Linneo, y escogieron el título de *homo sapiens* para el género humano. En el curso de esta conferencia hemos de ver que no siempre en las relaciones de unas razas con otras el hombre está a la altura del nombre científico que le diera la clasificación de Linneo.

Entre 1870 y 1880 empezó la Prensa europea a distribuir mañosamente la especie de que las Repúblicas americanas de origen español eran el hogar de las revoluciones, y que allí la vida, por esa razón, era un tormento. Las disquisiciones de los periódicos de esos tiempos vinieron a dar por resultado que nos llamaran a todas las Repúblicas, desde Méjico hasta la Argentina, «las Repúblicas del Trópico», y cuando querían dar una idea de anarquía, de

violencias innecesarias o de derramamiento de sangre por razones de poca monta, se citaba a las Repúblicas americanas.

Voy a leer unos párrafos del *Times*, de Londres, del año 1914, que no dejarán duda sobre la idea que tenía Europa entonces de lo que eran las Repúblicas americanas. Decía el *Times*:

«En Perú, en Bolivia, en el Paraguay, en el Ecuador, en Venezuela..., en otros países americanos, los actuales ocupantes del suelo tendrán que desaparecer gradualmente y descender a aquella condición inferior que su flaco temperamento les marca como destino.»

De la Prensa y de los labios de la gente maleante esta idea ha pasado a las obras científicas, y ha tenido dos protagonistas especiales en Europa: el uno, el doctor Benjamín Kidd, en Inglaterra; y el otro, Gustavo Le Bon, sabio más conocido, a quien los periodistas solemos citar con muchísima frecuencia en las gacetillas y hasta en los artículos de fondo.

Antes de discutir las teorías de Gustavo Le Bon, será bueno hacer presentes todos los campos de la actividad humana por donde se ha difundido su tibia inteligencia: el señor Gustavo Le Bon ha escrito sobre la Psicología de las multitudes, sobre la Psicología del Socialismo, sobre el humo del tabaco, sobre la equitación, sobre las religiones de la India, y, sin agotar el curso de sus estudios, ha preparado también una obra, que se llama *La evolución de la materia*, en que trata de probar que las corrientes eléctricas no son otra cosa que materia en estado de disociación. Este señor nos ha hecho el favor a los sudamericanos de estudiar también nuestra vida política y clasificarnos en el grupo determinado en la gran familia de las naciones.

Su definición de las Repúblicas americanas es bastante gráfica y significativa. Dice así: «Se sabe en qué estado de miserable anarquía viven todas las Repúblicas latinas de la América—esto era escrito por el año 1892—; revoluciones permanentes, dilapidación completa de las finanzas, desmoralización de todos los ciudadanos y, sobre todo, del elemento militar». De modo que no hay salvación. Son todas las Repúblicas las que viven en un estado de miserable anarquía, y somos todos los ciudadanos de esas Repúblicas los que estamos completamente desmoralizados. Ahora, las revoluciones son permanentes, como si tal cosa fuera posible, y la dilapidación de los tesoros de las Repúblicas, completa. Que un hombre que se llama hombre de ciencia y que tiene el título de doctor use esta clase de lenguaje en una obra científica no deja de causar adecuada

sorpresas. Ni aun los periodistas, gremio a quien se le hace con frecuencia el reproche de irresponsable, nos atrevemos a poner esta clase de epítetos cuando abordamos un tema con la debida seriedad.

Pues los libros de Benjamín Kidd y de Gustavo Le Bon eran el evangelio de las personas que desde 1870 hasta fin del siglo hacían la anatomía de las Repúblicas hispano-americanas; y todavía, porque el valor de la Prensa es tan considerable y la letra puesta sobre el papel jamás desaparece, todavía hay muchas personas que para hablar de la América del Sur van a buscar los libros de Kidd y de Gustavo Le Bon.

Como resultado de las ideas de estos expositores vino, en esa misma época, aquella entretenida teoría, por no darle otro nombre, según la cual el hombre blanco tenía sobre sus hombros una carga que la Providencia le había colocado y de la que no podía librarse: era la carga de civilizar a las razas que no eran de color blanco. Y esta teoría filantrópica no habría estado expuesta a ningún género de objeciones si no hubiera sido porque el hombre blanco se clasificaba a sí mismo. Cuando el europeo vino a clasificarse a sí mismo, colocaba como hombres blancos a los ingleses, a los franceses, a los alemanes, tal vez a los suecos; el resto del Universo eran gentes de color. Y esos cuatro países, incluyendo a los Estados Unidos, que vinieron a penetrar en el grupo un poco más tarde, estaban destinados por la Divina Providencia a sojuzgar a las otras razas para enseñarles el camino de la civilización.

Ahora, ¿quiénes eran las gentes de color? Las gentes de color eran 400 millones de chinos, que tienen una civilización muy anterior a la civilización que han implantado los hombres blancos, por lo menos hasta donde alcanzan los recuerdos de la Historia; eran el Asia sagrada, el Africa tenebrosa y, desde luego, toda América. Estos pobres hombres blancos habían echado sobre sí el gravamen extraordinario de cargar con las culpas de los hombres de color y de enseñarles el camino para salvarse y para salvar la civilización.

Respecto a la necesidad de ilustrar y salvar a los chinos quiero referir con permiso de la concurrencia, una frase de Bertrand Russell en una conferencia que daba en Londres al llegar de un viaje a la China, muy prolongado, que había hecho precisamente con objeto de venir a dar conferencias en Londres sobre los resultados de sus exploraciones. Bertrand Russell, como sabe muy bien el auditorio, es, sin duda alguna, el matemático más notable que tiene Inglaterra, y en estos momentos uno de los filósofos más penetrantes y más originales de Eu-

ropa. Pero, por un fenómeno muy común en estos tiempos, después de de fatigarse en el estudio de esas disciplinas, ha venido a comprender que eso es inferior a las necesidades del espíritu humano y se ha entregado por completo al estudio de la psicología de su mismo pueblo y de los pueblos distintos de Inglaterra. Cuando regresó de China le invitaron a que diera conferencias sobre las experiencias que había hecho y sobre los conocimientos que había adquirido con los chinos, y dió una serie de ellas—ocho o diez—, a la última de las cuales tuve el gusto de asistir. Al acabar esta conferencia, la señora que presidía se levantó y propuso a los que estaban presentes que se empezara una suscripción para establecer un fondo copioso con el cual se pudiesen mandar chinos a estudiar a Europa, y rogó al señor Russell que diera su opinión sobre ese concepto. El señor Russell dijo: «Señora: creo que la recolección que se va a hacer con el objeto a que usted se refiere es profundamente saludable, pero está invertida. En vez de gastar esas grandes cantidades de dinero que se van a comenzar a recoger esta noche para traer chinos a estudiar en Europa, yo propongo que se usen para llevar ingleses a estudiar a la China»; y la concurrencia estalló en uniforme carcajada. Entonces el señor Russell, con una seriedad netamente británica, dijo: «Señores: he visto que las ocho conferencias que he dado sobre la China han sido tiempo perdido, porque cuando ustedes se ríen de lo que acabo de decir, es que no han comprendido absolutamente cuál es el objeto de mis conferencias».

De modo que, en concepto de una mente tan avanzada como la de Russell, la idea de que el hombre blanco de Europa vaya a enseñarles a los chinos es una cosa tan justificada y tan legítima como el hecho de que los chinos viniesen a Europa a enseñarnos también su civilización. Pues una cosa semejante pasa con América, aunque no en forma tan marcada como en el caso de la China.

De esta división del género humano en gentes de color y gentes descoloridas ha nacido la leyenda de que los pueblos que habitan las dos Américas, excepto los Estados Unidos y Canadá, son pueblos sumidos en la barbarie, por causa de las continuas revoluciones, y esto, que no estaba fundado en los hechos, se distribuyó por Europa y por los Estados Unidos durante mucho tiempo, porque los individuos que distribuían esa opinión necesitaban que se hiciera popular con el objeto de justificar, más tarde o más temprano, sus ambiciones sobre ciertas regiones del Continente.

Vamos a estudiar la primera leyenda.

Es verdad que en América hubo revoluciones frecuentes durante todo el siglo XIX; pero, ¿era América la sola parte del planeta en donde los hombres se entregaban a esa clase de entretenimientos? Tomemos por ejemplo uno de los países más civilizados del globo, una de las naciones cuya desaparición habría de constituir la pérdida más grande para la Historia de la civilización. Entenderán ustedes que hablo de Francia. Comenzaremos por recordar el año 1799, cuando se estableció el Directorio. Acababa una revolución y empezaba otra; desde 1799 hasta 1870 las revoluciones se sucedían con ritmo histórico. Caía un Imperio, y venía una Monarquía; caía una Monarquía, y la reemplazaba otra más flamante, que se llamaba la Monarquía burguesa; caía la Monarquía burguesa, y volvía la República, con el modesto apelativo de Segunda. El mismo que era presidente de la segunda República daba un golpe de Estado y cambiaba el sistema, o a lo menos las formas, creando el Segundo Imperio, y ese Imperio caía con una revolución de los republicanos en el año 1870, que empezaron su vida revolucionaria reprimiendo la intencional comunista.

Si nos ponemos a contar, en una República americana, las verdaderas revoluciones que ha habido, encontraremos tantas como hubo en Francia, y, sin embargo, nadie ha dicho nunca que Francia fuera el hogar de la anarquía y que las revoluciones continuas hicieran allí la vida imposible y la convirtieran en un tormento.

La severidad de las naciones europeas con Sudamérica por causa de las revoluciones es simplemente una falta de perspectiva.

Si vamos a estudiar la razón por qué, desde 1870, desapareció en Francia el régimen de las guerras civiles quindeniales hemos de encontrar que cesaron porque se cambió en Europa el sistema de las revoluciones por otro que, aunque de una apariencia más seria y más grave, salía tan costoso como las revoluciones americanas, si acaso no lo era mucho más.

El año 1862 entraba Bismarck a ser Ministro del Rey de Prusia, y lo primero que hizo fué dar los decretos necesarios para la fundación de un ejército formidable, creando así lo que se llama ejército permanente. Las personas que estaban alrededor de Bismarck y que en ese momento estudiaban la situación de las demás naciones europeas, le observaron que no se comprendía el objeto que se proponía con

un ejército de esa magnitud. Rusia es nuestra amiga, le decían; de Austria no hay que temer; Francia tiene sus problemas internos y no se prepara para la guerra; y Bismarck, que había comenzado su política en los años 1848 y 1849, cuando se desencadenó sobre Europa la revolución social, contestó a los que le hacían objeciones: «Señores: No voy a fundar ese ejército permanente para defenderme de Rusia, ni para atacar a Austria, ni con planes de dominio sobre Francia; voy a crear un ejército contra la democracia»; y, en efecto, ese ejército sirvió para tener a raya a los individuos que Bismarck llamaba demócratas, en Prusia. Pero como las naciones limítrofes aún no tenían terribles democracias para justificar la fundación de un ejército tan

son los que han hecho la revolución en Rusia; el ejército ha hecho la revolución en Alemania; es el que ha hecho la revolución en Hungría dos veces, en Baviera varias veces; es el que ha hecho la revolución en Grecia y en Turquía. Aunque no lo parezca, son los militares los que han hecho la revolución en Italia, porque los fascistas no eran otra cosa que un ejército desmovilizado que no se conformaba con la desmovilización.

Vamos a ver, de estos dos sistemas, del sistema de las revoluciones continuas y del sistema de la paz armada, cuál viene a ser el más oneroso.

No puedo hablar del costo de las revoluciones armadas en Sudamérica porque las estadísticas no se llevaban entonces y la historia de ellas no está

escrita todavía. Es difícil andar a la caza de datos a una distancia como la en que nos encontramos. Pero conozco mi país, he estudiado su Hacienda, porque he tenido la...—no sé cómo calificarla—; dije yo el descuido de dejarme asir del Presidente de la República alguna vez y encargarme de dirigir la Hacienda de mi país. Por esa razón puedo dar algunos datos sobre lo que han costado las revoluciones en Colombia. Naturalmente, las cifras no son exactas; es imposible calcularlas, porque las estadísticas no han empezado a organizarse sino en el curso de los últimos veinte años; pero haciendo cálculos hemos llegado a la conclusión de que, en Colombia, todas las guerras civiles, incluyendo la de la independencia, costaron 22 millones de libras esterlinas. Son diez y nueve las

naciones americanas de origen hispano o portugués. Colombia no es de las naciones más grandes, ni tampoco de las más pequeñas; se la puede, por tanto, tomar como término medio; aceptando ese término medio, las revoluciones en América han costado, en el siglo XIX, 418 millones de libras esterlinas, una cifra formidable, que puede compararse con la que gastaban las naciones aliadas durante la última guerra en cuatro semanas. Nosotros necesitábamos un siglo para disponer de esa cantidad en nuestras orgías revolucionarias.

Ahora vamos al saldo moral. Por consecuencia de las guerras civiles, continuas en aquellos países, el sentimiento del patriotismo, en vez de exaltarse, sin llegar a desaparecer, vino a morigerarse; cosa muy natural, porque, estando los hombres en lucha continua con sus propios conciudadanos, tienen menos tiempo de odiar a

Advertencia

A fin de evitarles quejas y reclamaciones a los colaboradores espontáneos—que ya son bastantes—el Editor del REPERTORIO AMERICANO declara, una vez por todas, que en adelante no le dará curso a colaboración alguna que no haya sido especialmente solicitada. Perderán su tiempo, pues, y maltratarán vanidades propias, los que olviden esta Advertencia, que será inquebrantable.

Algo más: El REPERTORIO no es propiamente una revista literaria costarricense; quien lo lea con cuidado, a poco advierte que—en lo fundamental—es, como su nombre en parte lo indica, una recopilación de recortes de prensa castellana y extranjera, concebida dentro de un serio y vasto plan de política literaria hispánica. El Editor del REPERTORIO AMERICANO, pide, pues, a los que se dicen sus amigos, que lo dejen trabajar en paz.

poderoso, aquello era una amenaza para todas las naciones vecinas de Prusia, que, al darse cuenta del cercano peligro, comenzaron a armarse. De ahí viene lo que se llaman los cincuenta años de paz armada. Debajo de ese sistema forzosamente habían de acabar las revoluciones, porque, aunque el hombre no es un animal inteligente, sí sabe, por instinto, acomodarse a las circunstancias. El instinto le hizo presentir que no podía haber revoluciones en un país en donde la fuerza armada era tan considerable que lograría, en un momento determinado, acabar con cualquier clase de disturbios. Pero Bismarck y los individuos que imitaron a Bismarck hicieron mal el cálculo, porque no llegaron a considerar que ese ejército permanente, esa paz armada, llevaba en sí los gérmenes de la destrucción total. En efecto, después de 1914 hemos estado contemplando que los ejércitos

los que están del otro lado de las fronteras. De modo que el patriotismo en aquellos países hubo de debilitarse, y esto, que parece una cosa monstruosa, ha sido, todo lo contrario, una gran ventaja; porque mediante ese eclipse parcial del patriotismo ha sido posible echar las bases de la fraternidad continental.

Voy a poner algunos ejemplos prácticos: En Venezuela y en Colombia hubo frecuentes revoluciones en el siglo XIX. Resultado de ellas era que, con muchísima frecuencia, los colombianos que pasaban al otro lado de la frontera, aun sin nacionalizarse allí, tomaban parte en la vida política de Venezuela, y puede señalarse el caso de Diógenes Arrieta, que, saliendo de Colombia, va a vivir a Venezuela, donde andando el tiempo es elegido senador de la República sin sorpresa ni estupefacción de nadie.

Habréis oído hablar indudablemente de Antonio Guzmán Blanco, mandatario venezolano que se hacía llamar ilustre americano de sus contemporáneos. El padre de Guzmán, D. Antonio Leocadio Guzmán, con motivo de las revoluciones de Venezuela, vino a Colombia, y su nombre figuró firmando la Constitución de 1863, una de las Constituciones más liberales que se han dado en América y que, si se hubiese cumplido, habría sido prez y honra del género humano. D. Antonio Leocadio Guzmán, firmando la carta fundamental de Colombia en 1863, no había dejado de ser un ciudadano de la República de Venezuela.

Don Andrés Bello, nacido en Venezuela, hombre de letras y conocido como uno de los primeros filólogos que dió la América del Sur, vino, con motivo de la guerra de la independencia, a dirigir en Londres los negocios de la revolución venezolana. Terminada la guerra de la independencia, fué a vivir a Chile, donde influyó en situación modesta, pero de modo considerable, en las relaciones exteriores de la naciente república. ¿Comprenderían ustedes que el Sr. Poincaré, por ejemplo, estuviera de miembro de la Cámara de los Comunes en Inglaterra? ¿Sería posible que Lloyd George viniera, en una elección popular de Alemania, a figurar entre los diputados del Reichstag?

Estas son cosas que suceden en tierras americanas y sobre las cuales se basa la confraternidad del Continente.

Además, hay que señalar el balance moral de las guerras civiles en Hispanoamérica. Hay tres principios virtualmente incorporados en nuestro derecho público americano que seguramente no formarían parte de nuestra conciencia cívica si hubiéramos vivido en guerras internacionales. Son estos tres principios los formulados en di-

versas épocas por estadistas argentinos: 1º, la victoria no engendra derechos; 2º, no puede emplearse la fuerza para cobrar deudas internacionales; 3º, América no es solamente para los americanos: América es para la Humanidad.

¿Dónde estarían, pregunta el inconforme, esos países de la América Iberoamericana, en vez de haber gastado sus riquezas y sus energías inútilmente en hacer revoluciones, hubiesen dedicado todo su esfuerzo a las labores de la paz? Y yo diría que verdaderamente habríamos adelantado, como dice Vital Aza, una barbaridad.

Pero me permito observar a mi turno: La guerra de los cuatro años ha costado, sin contar la destrucción de las propiedades, simplemente en dinero —no diré en dinero acuñado, porque no habría metal suficiente para acuñar esas cifras, sino en dinero inventado y puesto en forma de papel—; la guerra de los cuatro años ha costado 24.000 millones de libras esterlinas. ¿Podríamos nosotros imaginarnos las cosas que habrían podido hacer los países beligerantes si hubiesen destinado esa suma fabulosa al saneamiento del valle del Amazonas, a hacer cultivos en la Patagonia, a encadenar y distribuir la fuerza eléctrica que puede producirse con la corriente del Tequendama y de toda esa innumerable red de ríos que se precipitan desde los Andes al Océano Atlántico?

Ahora bien; es necesario tener presente que no siempre la paz continúa da mejores resultados que la revolución. A ustedes se les va a figurar que estoy haciendo la apología de la revolución. Es cierto que he sido revolucionario; pero con el andar de los años se cura el hombre de esos achaques. No es mi ánimo hacer la apología de la revolución; pero hay algo que merece la pena de ser estudiado para probar que el hombre blanco, aun en plena paz, hace una obra inferior a la que hace el llamado por el hombre blanco hombre de color.

Desde el siglo XVIII posee Inglaterra en la América del Sur una faja de tierra riquísima, tan asombrosamente fértil y rica, que Sir Walter Raleigh, el favorito de la reina Virgen, perdió su salud, su tranquilidad y acaso su vida por conquistar para la corona de Inglaterra esa privilegiada comarca. Están establecidos allí los ingleses hace tres siglos y viven en completa paz; no se ha permitido el lujo de una sola revolución.

Voy a comparar esa faja de tierra, que se llama la Guayana Inglesa, con la República del Salvador, y me place que esté presente el representante diplomático de aquella República, a cuya memoria y benevolencia me recomiendo en esta coyuntura.

La Guayana inglesa es una extensión de 230.000 kilómetros cuadrados y tiene una población de 350.000 habitantes, un habitante por kilómetro cuadrado. Gasta en las escuelas públicas la Guayana inglesa 70.000 libras esterlinas al año y tiene 35.000 estudiantes. La República del Salvador es una República eminentemente volcánica, y se habla de ella como de una tierra sinceramente revolucionaria. Esta República, en vez de los 230.000 kilómetros cuadrados que tiene la Guayana inglesa, no tiene más que 21.000, en los cuales viven 1.330.000 habitantes, según las cifras de hace cinco años. Comparad esa cifra con la de 350.000 habitantes que tiene la Guayana inglesa y ved si hay diferencia. Además, los habitantes del Salvador han construído 340 kilómetros de ferrocarril mientras que en la Guayana inglesa no hay más que 150. En el Salvador hay 63 habitantes por kilómetro cuadrado, un índice de población casi comparable al de Francia. El Salvador ha vivido en continuas revueltas, según el decir de la historia que se escribe en Europa sobre América del Sur; y, por el contrario, en la Guayana inglesa la paz ha sido inalterable. Sin embargo, ya ven ustedes la comparación entre las dos civilizaciones.

En la América Iberoamericana hay dos clases de revoluciones. Voy a hacer sobre ellas algunas consideraciones, aunque es muy difícil fijar sus causas, porque son distintas según el país y según la parte del mundo a que cada país pertenece. Puede decirse que todas las guerras civiles tienen su origen en una injusticia y que todas las revoluciones artificiales no nacen generalmente en el mismo país donde se desenvuelven, sino que vienen de un país extraño. Las revoluciones artificiales eran harto frecuentes entre nosotros y solían organizarse en New York o en Washington. Claro está que de estas revoluciones nosotros no somos responsables. Hay una ley que se ha formulado últimamente y que no parece estar en contradicción con los hechos. La fórmula es ésta: La frecuencia de las revoluciones sudamericanas está en relación directa con el cubo de la distancia de cada país a los Estados Unidos. Mientras más cerca queda un país de los Estados Unidos mucho más frecuentes son las revoluciones, y el caso de mi país es característico. Colombia fué un país eminentemente turbulento. Tenía un itismo que era codiciado por Inglaterra y por los Estados Unidos, y también por Francia, porque consideraban que por ese itismo algún día se abriría un canal y que ese canal vendría a ser el centro del tráfico del universo, como

(Fase a la página 356).

La saturación literaria y la fecundidad⁽¹⁾

Santiago de Chile, diciembre de 1924.

VAMOS haciendo este ardoroso camino del arte con los ojos un tanto encandilados. Siempre los llevamos puestos en la ruta de compañeros y maestros, más por cierto afán de emulación y competencia que por un reflexivo espíritu de aprendizaje. Y, sin embargo, tanto como la enseñanza estética y los recursos para triunfar más o menos aprisa debería interesarnos otra lección: la que nos podría dar alguna norma con la cual conservar las venturas de la victoria y asegurarnos una felicidad literaria duradera, sin esas amarguras posadas tan de continuo, como cenizas encanecedoras, sobre las cabezas consagradas.

Porque a menudo vemos cómo los grandes ponen la planta en la gloria y esplenden y subyugan un tiempo, para sentir de pronto, un día inopinado, que pasaron, que se les vuelve la espalda y se les relega cuando no cesaron de producir ni su obra revela siquiera empobrecimiento.

Lo hemos observado todos. No hace falta citar nombres o casos, lo cual excitaría estas amarguras. Todos lo vemos a diario, ¿verdad? Un escozor en nuestra conciencia de justos o un roce de melancolía nos arruga entonces el cristal del alma, y alentamos el impulso justiciero y hasta llegamos a protestar con el artículo reparador.

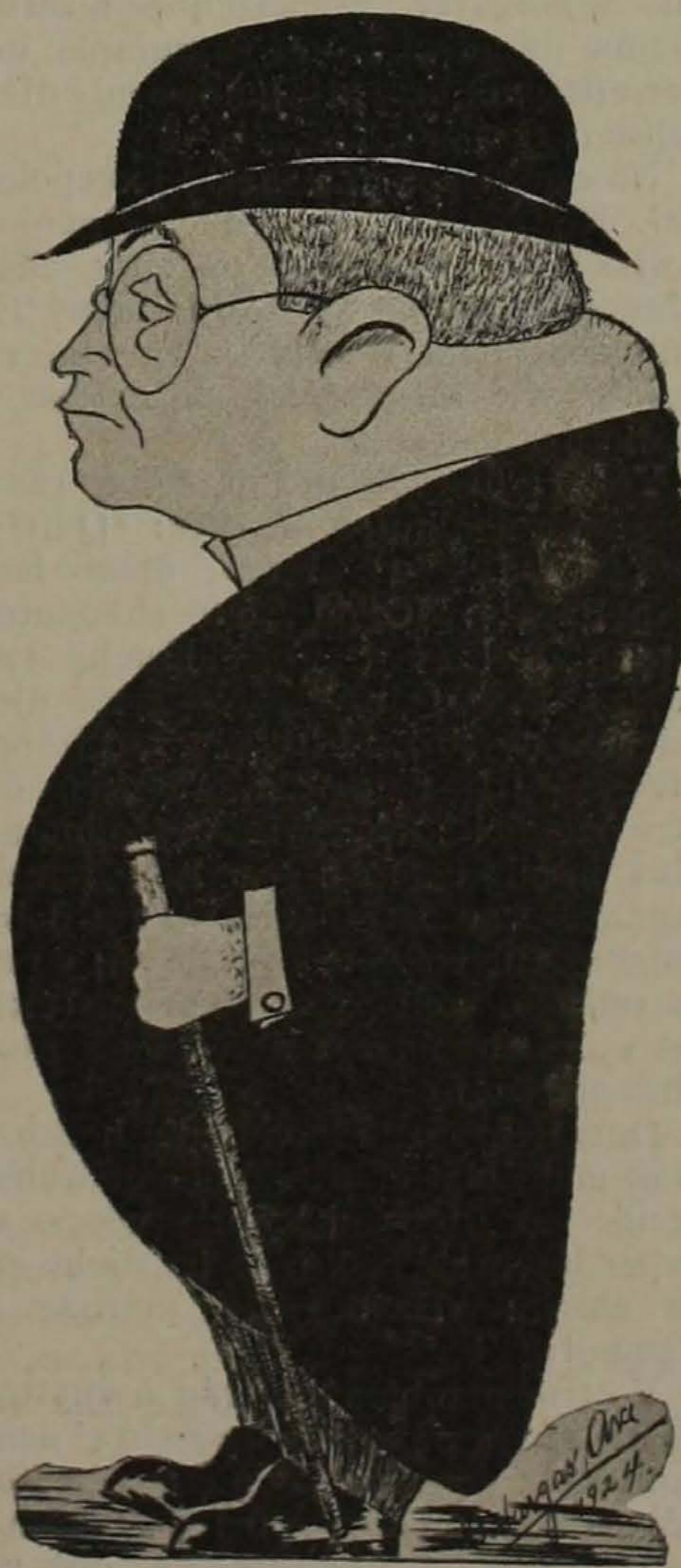
Pero he aquí que muy pronto sufrimos, nosotros también, la ciega inclinación al abandono del ungido. No queremos repasar sus libros ni aun nos atrae su volumen reciente. Como si aceptáramos ya que la consagración traiga tras de sí la indiferencia, dejamos caer nuestro fervor, lo sentimos decaer sin remedio y continuamos nuestro camino en paz y aun, íntima e inconfesablemente, nos anima un algo consolador, una emoción muy cercana al regocijo. No sabemos qué atmósfera de más fácil esperanza ha hecho más libre y despejado el campo a los que todavía «vamos».

Empero, el fenómeno es triste, puede aguardarnos como un turno hostil en el porvenir por el cual luchamos y debe sernos advertencia.

Cualquier día publicamos un libro más, cuando precisamente nos atreolaba más gallardo y engreidor el éxito,

y un crítico dirá la frase terrible: «Con esta obra, que no desmerece de las anteriores, el autor no agrega, sin embargo, nada a su pasada producción». O se quejará, como Ortega y Gasset de Anatole France, porque la prosa del maestro sea siempre «tan cuidada, tan alerta, tan picante»; porque su técnica perfecta permanezca «la misma»; y todavía—¡oh, necesidad de justificarse!— porque no haya conquistado «un sentimiento nuevo», cual si fuera posible al hombre el hallazgo de un nuevo sentimiento, o tan sólo cambiar su punto diferencial en la vida.

Esa hora llega con demasiada frecuencia. Y no valdrá entonces la presentación de un «caso» nuevo al novelista; no valdrá el cambio de tono y de metros, ritmos y rimas al poeta.



Sr. NOTARI,
ex-Ministro de Italia en Costa Rica

(Visto por VARGAS ARCE).

Las renovaciones, a la postre, resultan disfraces, cambios de ánimo y no de individualidad. Se nos dirá, de todas maneras, algo traducible en este concepto rotundo: «Fulano se repite».

Y habrá injusticia en esto; habrá, por lo menos, inconsecuencia: pero en el fondo habrá razón; pues, por mucho que varíemos los temas y las formas, siempre repetiremos la personalidad.

El daño, entonces, ¿nos lo hacemos nosotros mismos? Yo creo que sí. Nos lo hacemos nosotros mismos causando una saturación del público sensible, inteligente, asimilador y entusiasta, cabalmente aquel que juzga y propaga.

Aparece un gran artista... Quiero concretarme a los grandes, para reducir el ensayo y porque entre los extremos todo punto intermedio queda comprendido... Aparece, digo, un gran artista y cautiva. Todos se dan a devorar cuanto publica. Su obra nos sacude, nos deslumbra, nos apasiona. La divulgamos asombrados en la charla, en el artículo, en la entrevista, en la conferencia. Empresarios, editores y periódicos se disputan su voz y su palabra fascinadoras. Se citan sus pensamientos; no se puede prescindir de él y se empieza a vivir con la propia sensibilidad realmente modificada por el sentir de aquel temperamento; concluye por formarse a veces en la sociedad todo un ambiente renovado; y «un día entre los días», sin advertirlo, todos nos hemos asimilado, cual más, cual menos, al ser extraordinario. Hemos incorporado a nuestras almas su alma, su lógica a nuestra lógica, los esquemas por donde discurre su pensamiento a la mecánica del nuestro; sus puntos de vista y las actitudes originales de su espíritu frente a las cosas de la vida vienen a sernos habituales, a pertenecernos también. Y ese hombre excepcional parece haber concluido de serlo. Su obra nos ha saturado y en lo futuro no conseguiremos darnos el elemento primordial de seducción: la sorpresa. Cuanto nos pueda contar, lo esperamos, casi lo sabemos de antemano: quién sabe si muchos pasos vistos o vividos nos lo sugirieron ya. Ese hombre, pues, ya no nos interesa mucho, pasó, es viejo.

Nos señalará ese artista en adelante aspectos que quizás no había señalado, explotará temas que nunca explotó. No parecerán nuevos a nadie. Exhibido por esa mano, ningún singular ejemplo, ningún raro matiz reteñirán con energía bastante los espíritus, mucho menos conseguirán encenderlos.

Y él se tiene que sorprender con dolor cuando alguien, con el desgano de una mueca, escriba: «Con esta obra, que no desmerece de las anteriores, el autor no agrega sin embargo nada a su pasada producción». O simplemente

(1) Querido García Monge: vivo tan tiranizado por este luchar con la vida, que apenas cumplo con los buenos amigos como Ud. ¿Me pedía Ud. recortes para ese gran Repertorio? Va esto, por si le agrada. Pero va, sobre todo, un estrechísimo abrazo de su compañero BARRIOS.

te: «Fulano se repite». Porque él puede probar que no repitió un solo pensamiento, una sola emoción, una sola sensación, una sola imagen; y es verdad. Pero... la personalidad se repite, y eso basta.

Ahora ¿quién tiene la culpa de este abandono envenenador de tantas vidas gloriosas? ¿El artista, consciente de estar hablando de lo que jamás trató? ¿El público, sabedor por presentimiento de cuanto puede aquella pluma enviarle ya? Lo hemos anotado: sólo la saturación. Consumada ella, no veremos ya en el nuevo libro del abandonado ciertos valores inéditos, o los distinguiremos apenas, obscura y flojamente, a través de una enervante bruma levantada por la saturación en nuestra atmósfera interna.

Este daño, por suerte, no se lo hace para siempre el escritor que satura. Aun la intoxicación pasa. La obra deja en el ambiente el zumo perdurable, abono con que la raza madura gracias a sus ascendientes selectos. La justicia se equilibra al fin, la posteridad paga, y vuelve. Sólo que esto ocurre cuando «el extraordinario» murió desencantado o se mantuvo preterido muchos años. Y en ello está cabalmente el drama, en esa gloria aventada, en el secuestro de esa dicha que una vez embriagó, en la esponja de hiel y vinagre estrujada sobre una vejez egregia y sola tras de tanta corte y tanta compañía.

No marchemos con los ojos puestos en la ruta de compañeros y maestros tan sólo por afán de emulación y competencia o tras la enseñanza estética y los medios para triunfar más o menos aprisa. Aprovechemos la advertencia. No saturemos.

Aunque hay casos en los cuales una personalidad muy original, muy diferenciada, poderosa y penetrante hace la saturación violenta y acaso inevitable, he podido yo discernir que el pecado de los grandes artistas de perdido favor y felicidad rota consiste, excepto algunos ejemplos de decadencia por vanidad o agotamiento, en haber sido ellos muy fecundos y no haber graduado las entregas de su personalidad. Ante el monstruo cariñoso, entusiasta y aclamador, pero de asimilación pronta y tedio fácil, ha de emplearse la prudencia, y aun la maña, y la malicia. Por la defensa del mañana, por no malograr esa dicha tras la cual vamos hoy, midamos el paso, sopesemos la colaboración en los periódicos, calculemos avaros las dosis que de nuestras almas vayamos esparciendo a los vientos de los hombres.

Siempre resultará preferible ser echado de menos y que, si alguno quedó hechizado por un libro nuestro, nos anhele mucho tiempo la nueva

palabra y se lamente y suspire ante nuestro callar. No dure nuestra vida más allá de nuestra gloria. Rehuyamos la consagración veloz. Consagración, ya lo sabemos, suele llamar el público analista y dirigente a su manera de cancelar con nosotros. Aun cuando fanatizamos al lector, el enemigo saturación socava escondido y sigiloso. ¡Ay de aquel a quien se le llegue a presentir que le resta por decir en lo futuro! El crítico capaz de usar su juicio como instrumento de precisión y de juzgarnos «dentro del tiempo» las realizaciones y las posibilidades, no siempre recuerda con oportunidad esta «cuarta dimensión». Es, además, un hombre de talento; y no se equivocaría tal vez quien dijera: el talento se mide por la capacidad de aburrirse.

Un amigo novelista me ponía en una carta frenética: «Usted en su tierra y yo en la mía, tenemos que lanzar muchas novelas, compañero». Otro me hablaba así: «Conviene que nuestra firma esté siempre bajo los ojos del público. Es olvidadizo y nos deja por los más trabajadores». Aparte de que trabajar mucho no significa mucho prodigarse, prefiero que la saturación de mis lectores se cumpla un poco después de extinguidos mis días sobre la tierra.

No esperamos una suerte excepcional. No la espere tampoco el genio. Antes bien, al genio de la obra, añádase el genio de la dosificación. El público, como inferior al genio, es vaso por lo mismo fácil de colmar y desbordar por él.

Yo, tan distante del genio, en cada ocasión que alguien me dice: «Quiero buscar todas sus obras», deseo fervientemente: «Ojalá sólo encuentre uno o dos!, y tras de mucho ansiarlas, tras de una prolongada distracción de su espíritu por escritores diversos», Disfruto así, además, de otro beneficio: la alegría ante la buena obra de mis compañeros. Ellos triunfando, llenan los espacios en que debo dejar al público descansar de mí; y yo, en retorno, recibo con amor sus éxitos y me ennoblezco deseando a muchos el triunfo.

Dura demasiado la vida del hombre si se mide por el cansancio de quien recibe sus libros. ¡Cuántas veces, al morir un gran poeta, se ha dicho en su elogio: «Hasta supo morir a tiempo!»

Y otros nombres afluirán a vuestra mente ahora—os estoy leyendo el pensamiento—engarzados en este cálculo: «Si se muriesen hoy, saldrían ganando, se salvarían de la saturación, que ya para ellos empezó y avanza».

Hay todavía la saturación de sí mismo. La eterna queja de «¡el dolor de pensar!» no es sino una forma de auto-

saturación. Nuestra tendencia espiritual, el conjunto de nuestras inquietudes peculiares, el procedimiento acostumbrado en nuestro propio discurso nos impregnan, nos hastían, nos pesan como el pecado original. Constituyen nuestra personalidad, que ha de repetírse nos por fuerza más que otra alguna. Precisa hallarse muy vendado por el orgullo para no cansarse en cierta hora de sí mismo. ¿Nunca os llenó de tedio insufrible vuestra voz escuchada de repente en la conversación?

Sí; el fruto del árbol de la ciencia ejerce su maldición dentro del yo, sólo allí se trueca en el dolor de pensar y saber. Si lo buscamos allá adonde no va nuestro pensamiento, si lo miramos en una máquina moderna, por ejemplo, en la prensa casi pensante del periódico, nos subyuga por asombro. Ya no es ponzoña maldita de la serpiente: es don bendecido de Dios.

Todas estas novedades estridentes del arte ultraísta acaso hayan nacido del exceso de producción realizado en nuestra época.

La fecundidad sin cautela, creámoslo, deja de significar virtud desde el momento en que a unos lleva al hastío y a otros al dolor de sentirse preteridos. No hagan caso los niños al papagayo profesor de literatura, que saca su eterno ejemplo de aquel gran majadero cuyas obras «en menos de horas veinticuatro pasaron de las musas al teatro». Sólo somos, a la postre, el autor de uno o dos libros. A Lope no debemos sino *Fuenteovejuna*. Y la mucha fecundidad representará un valor—y relativo—en vuestro provecho, acaso únicamente después de vuestra muerte, cuando os juzguen sin el temor de que volváis a hablar...

Bien; paradojas aparte, no escribamos sino cuando realmente tengamos algo que decir, y, además, cuidemos de llevar nuestra producción al público más bien alargando el camino, como alarga el buen amor el placer de su doncella. Llegar a los sesenta con una gloria mustia y caducada, equivale a andar con nuestro cadáver a cuestas.

Y cuando restuenen en nuestros oídos el alerta de que la fecundidad incauta y prodigada con vehemencia tiene triste el mañana, no nos empeñemos en buscar un acomodaticio y consolador mentís. Nos encariñamos con la producción numerosa, una lista nutrida de libros bajo nuestro nombre nos halaga, seduce y engríe; mas todo ello es traición del sentimiento. Hace falta siempre un poco de dureza cerebral sobre las blanduras del corazón. ¿Acaso la realización de nuestro arte no nos ha enseñado que se da eficacia al sentimiento aliándolo con un poco de cerebro, tal como en la buena mo-

neda se ha de mezclar un metal duro al oro fino?

El corazón sin disciplina nos pierde, se destroza con sus propias fuerzas. Y estas fuerzas—no lo olvidemos—se saben colocar en segundo término para gobernar a su sabor el juego. Disimulándose, operan sobre la imaginación, la conducen al logro de razonamientos gratos. Pero debemos relacionar los actos con sus móviles genuinos, ponerlos frente a sus causas originales y medir sus consecuencias definitivas.

Así andaremos seguros y andaremos lejos, fecundos pero felices.

Y hay tiempo para todo, nos recordó Darío:

Ya nos los dijo el Eclesiastés:
tiempo hay de todo: hay tiempo de amar,

tiempo de ganar, tiempo de perder,
tiempo de plantar, tiempo de coger,
tiempo de llorar, tiempo de reír,

tiempo de rasgar, tiempo de coser,
tiempo de esparcir y de recoger,
tiempo de nacer, tiempo de morir.

EDUARDO BARRIOS

Santiago de Chile,
diciembre de 1923.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Eduardo Barrios

Su última novela, *El Hermano Asno*, ha sido recibida por la crítica hispano-americana con tan encendido elogio que Vicente Salaverri lo ha llamado el primer novelista sudamericano. Es este libro un relato tejido en torno a la vida de un convento franciscano. Tiene la perfección de forma que revela la madurez de un arte. La narración se desenvuelve como una madeja de seda, sin artificio, con una sencillez muy humana. En la novela anterior, *Un Perdido*, Barrios, como los grandes novelistas rusos, se entra en la marejada de la vida, buceador vigoroso. Es una obra densa de acontecimientos, noblemente desnuda: el estilo se olvida para dejar el relato solamente erigirse como un inmenso bajo relieve, quemante de verdad y torcido de dolor. *Un Perdido* tuvo dos ediciones en Chile y una en la Argentina, en la colección de Grandes Novelistas Americanos que publica Manuel Gálvez. La novela precedente, *El niño que enloqueció de amor*, es un delicadísimo poema en prosa, pero mantiene su rango de novela por la psicología sutil y el manejo hábil de la fábula. Ha publicado, además, comedias dramáticas, sin duda las mejores de nuestro teatro: *Vivir y Lo que niega la Vida*.

Eduardo Barrios es un escritor joven: treinta y seis o treinta y ocho años. No es su caso el de la mayoría de los escritores sudamericanos, en los cuales el primer éxito se estanca o se continúa

con una dolorosa mediocridad. Ha tenido su arte el callado y divino madurar de la rosa y ya se ve en su obra el círculo perfecto, gozo de la mente y de los sentidos.

El conocimiento de las almas le viene de su juventud azarosa: entibieron su sangre todos los climas de la América; rozaron su corazón los ambientes más diversos: este hijo de una dama de la aristocracia limeña ha sido sucesivamente obrero, comerciante, oficinista y escritor. Como la buena arcilla de que Dios moldeó al primer hombre, hay en su vida polvo de todos los senderos y de todas las cosas.

Sin ser uno de esos novelistas líricos que han arruinado la novela en nuestros países, «arregándola en flores», ha sabido ser realista e idealista a la par: es su

realismo el del paisaje cuando se copia en la pupila humana, donde se suaviza y se abrevia exquisitamente.

Y hay además del gran escritor de nombre definitivo en Eduardo Barrios, un noble varón. Se ha depurado el alma como el estilo más macerado, y esa obra consciente, que su raza ya mira con orgullo, es el reflejo del escondido proceso espiritual, que conocemos los que hemos tenido largamente su vida junto a nosotros, como la rama extendida sobre la frente del que se seste a sus pies, protegida por ella.

¡Qué suave y amiga sombra nos ha dado, hermano Eduardo Barrios, noble corazón!

GABRIELA MISTRAL

(*Pictorial Review*, New York, N. Y.)

Página lírica

de Carlos Luis Sáenz

HAGIA SOFIA

A don MIGUEL DE UNAMUNO.

Todo sigue igual, palabras que un cable del 8, VIII, 24 pone en boca de Primo de Rivera.

Templo de oro tenías en Salamanca,
—¡ya en los antiguos memorables días,
por tu causa también Fray Luis sufría!—
pero hoy la España está débil y manca!

Para baldón de un pueblo y de una raza,
pueblo que fue pujante cual ninguno,
raza que tiene un Maestro en Unamuno,
la bárbara razón hoy te amordaza!

La razón del señor de horca y cuchillo!
—Aún se echan a la hoguera los tesoros
de la Sabiduría; aún los moros
tiñen su lanza en sangre de sencillos!

Al exégeta magno de el *Quijote*—
—a quien tú le acordaste el don divino
del aticismo en lenguaje latino,—
la sinrazón lo confinó a un islote!

¡Hagia Sofía, tu noble aristocracia
padece mengua en nuestra madre España,

tu luz no se ha hecho todavía en su entraña
donde roe la «frailuna aristocracia»!

¡Hagia Sofía, se manció la espada,
—¡tu pluma es hoy la que redime al mundo,
abriendo el surco espiritual, profundo!—
armas y letras ya no van aunadas!

¡Hagia Sofía, vuelve al hispano el seso,
—que en este siglo, la ignorancia armada,
contra tu magna luz no puede nada,—
y tu eres la creadora del progreso!

¡Hagia Sofía, torna a Salamanca,
vindica a España en Miguel de Unamuno,
ya que su verbo, libre cual ninguno,
del pueblo hispano su energía arranca!

Heredia, agosto 8 de 1924.

LA NOCHE DE ABRIL

Ya se entenebrece
toda la pradera
y la noche crece,
desnuda y señera.

Se pierden los pinos
en el cielo oscuro;
ciegos los caminos,
en sombra los muros.

¡Cielo anubarrado
como una alma hostil!
¡ni una hoja se mueve...

...Dulcemente llueve
sobre los collados,
la noche de abril!

San José, abril 23 de 1924.



A manera de autosiluetas

Nací en Valparaíso, el 25 de Octubre de 1884. Soy hijo de chileno y de peruana. Mis padres casaron en Lima, durante la ocupación del ejército de Chile, en cuya comisaría general ocupaba mi padre un puesto. Hija de alemán y de una hija de francés y de vasca, educada además en Hamburgo, donde permaneció desde los dos años hasta los diez y seis, mi madre no podía tener a los diez y ocho un sentimiento patriótico capaz de luchar con el amor; y así, casó con mi padre, se vino a Chile y, ya en la patria de su hijo y de su marido, se sintió muy chilena.

(Acaso por la mezcla de todas estas sangres, mi patriotismo viva de una fuerza de simpatía humana, más que de un exclusivismo de bandera).

Murió mi padre cuando yo alcanzaba los cinco años. Como mi abuelo, el alemán, seguía sus negocios en el Perú aún y allí vivía entonces, la viuda prefirió irse a su lado. Entre la casa paterna y la de los suegros, la elección no permitía dudas.

Por esto me eduqué yo en Lima hasta los quince años. Cursé allá todas las humanidades. Fui condiscípulo de los García Calderón. De ellos, Ventura, que me iguala en edad, fue mi predilecto. Leímos juntos a Julio Verne, soñamos, nos quisimos mucho. Ambos éramos gordos. Aun me dice él en sus cartas «querido gordo». No sé por qué nos escribimos hoy muy poco. ¿Tacna y Arica?... Yo sigo queriendo a ese «gordo Ventura», tal vez irrazonadamente. Los gordos son siempre buena gente. Será superstición mía; pero yo, hoy casi flaco, temo deber mi dosis de bondad a mi gorda infancia...

¡En fin! A los quince de edad, volví a Chile. Se trataba de seguir una carrera, y esto debía realizarse en mi país. Mis abuelos paternos (bisabuelos) me impusieron la milicia. Hube de aceptarla, por presión. Fui cadete distinguido, gocé de todos los privilegios que mis conocimientos, superiores a los exigidos en la Escuela Militar, y mi fortaleza física me conquistaron. Pero mi espíritu no se amoldó jamás al ambiente soldadesco. Y obtuve mi *baja* antes de ser oficial.

En *Un Perdido* he pintado con sinceridad la vida de esa Escuela. No soy yo, por supuesto, ese Lucho Bernales. Algunos han dado en suponer que *Un Perdido* es novela autobiográfica. Falso. Yo lo acepto como un elogio: tal creencia me dice que la ficción convence. Pero hay en esa novela mucho vivido; aunque todo ello se adaptó, se



EDUARDO BARRIOS

combinó con lo observado en otros, se amalgamó con elementos que dieran resultados sintéticos y representativos, que *especificaran* individualidades y diesen cristales de psicología, de ambiente, de arte, en fin. Sólo hay allí un tipo totalmente exacto a su modelo: Papá Juan. Aun cuando la mayoría de sus episodios son equivalentes y no históricos, es él, mi abuelo materno, el alemán, con sus pensamientos, con su alma, con su corazón y hasta con sus palabras. El influyó como nadie en mi conformación anímica; de su espíritu me reconozco descendiente genuino. Gracias a que de él viene mi «cédula permanente», he logrado mantenerme sano en todos los medios por los cuales la vida me ha hecho rodar después. Porque, rotas ya las relaciones con mi familia paterna, a causa de mi salida de la milicia, y muerto Papá Juan, y pobre mi madre, hube de recorrer mundo, tras el pan, tras la fortuna, tras... no sé cuántos ideales de juventud.

Recorrí media América. Hice de todo. Fui comerciante, expedicionario a las gomeras en la montaña del Perú; busqué minas en Collahuasi; llevé libros en las salitreras; entregué máquinas, por cuenta de un ingeniero, en una fábrica de hielo de Guayaquil; en Buenos Aires y Montevideo, vendí estufas económicas; viajé entre cómicos y *saltimbanquis*; y, como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté al público, como discípulo de un atleta de circo, levantando pesas... He caído, he levantado, he sufrido

hambre, he gozado hartanzas. Y siempre, en medio de todo, me respeté... porque soy un sentimental.

Dice de mí Angel Cruchaga en un reportaje publicado en *Caras y Caretas* de Buenos Aires a fines de 1918: «... fué amado y amó con la plenitud que el amor alcanza en sus obras; también fué desdeñado y desdeñó a su vez con la crueldad horrible y sin remedio del desamor. La vida, pues, dura en muchas ocasiones con él, forjó en el dolor esta alma experta ya, que más tarde se tradujo en... sus libros. Creo que esto es verdad también.

Escribo desde... no sé desde cuándo. De niño, no diré que escribía, materialmente; pero soñaba mucho, y soñar es componer.

Cuando estuve en Buenos Aires, había publicado ya mi primer libro, *Del Natural*, en Iquique. No busqué allí a los escritores, por humildad. Comprendí que aquel primer libro no era credencial suficiente, que con él me presentaría como un mediocre. Y mi humildad no daba para tanto... Hoy, con mis obras, fraternizo con los argentinos, como con tantos americanos.

Mis libros, todos, tienen historia, aun *El Hermano Asno*, que ha recibido las emociones de mi amor, del definitivo, de este que hoy me da una felicidad que me asusta, que me causa el espanto de la eternidad. *El Niño que enloqueció de Amor* recogió un episodio de mi vida, cuando a penas contaba yo nueve años. Y así, *Vivir, Lo que niega la vida...* Cada obra mía respondió a una siembra que la vida realizó en mí.

No me quejo de la vida, porque hoy me va pagando su deuda. Por mucho tiempo me entregué a ella, y entre sus inmensas manos ciegas sólo cansancio halló mi corazón. Al volver a Santiago, traía un gran cansancio. Mi esperanza se había refugiado en un anhelo único: tener un hijo.

Y me casé, ciego, contra toda prudencia. ¡Ah, yo estaba tan rendido! Es preciso haber vivido lo que yo viví, para comprender ese cansancio tras el cual la posibilidad de un hijo renovador avienta toda cautela. En fin, pasemos. Hice un matrimonio absurdo. Pero tuve el hijo, dos hijos tuve; y por ellos y para ellos viví años y años... aunque yo solo sé a qué precio. Pasemos. Hoy, anulado ya mi primer matrimonio, y vuelto a casar, mi vieja ansia de amar, ya colmada y satisfecha, cede su puesto a una más feliz, a una feliz y terrible: la del espanto

(Pasa a la página 367.)

La obra de Alcides Arguedas

INTERESANTE historia la de este grave y noble escritor. Primero, en su Bolivia natal, estudió, con lúcido patriotismo y doliente amor, los males de su «pueblo enfermo». Viajó por Europa para olvidar su desencanto y escribió un libro sólido y triste.

Pero, su pueblo enflaquecido y sin salud no quería morir. Pidió admoniciones al escritor, le llevó a la diplomacia, a la política. Que abandonara su torre amarga el analista, que plasmará realidades en lucha cotidiana. Primer contacto del intelectual y del medio inferior, de la apasionada «plebe en acción». ¿Qué será el sociólogo en este nuevo avatar de su vida inquieta, ministro, caudillo, capitán de voluntades, profeta que gime en la puna desolada?

Con fervor seguimos su esfuerzo en que se juntaron dolores y esperanzas. Arguedas olvida su libro acedo y cree resueltamente en una patria remozada. En novelas se derrama su actividad intelectual. Le interesa el destino de la raza proscrita, la «raza de bronce», humillada y agotada, el indio sobre cuya historia gravita un ingenuo mesianismo. Trabaja en el Congreso nacional, pero vive lejos de la ciudad, en un refugio sin molice, sin el vino horaciano, ni ritmo de égloga.

Entre tanto, reunía documentos, visitaba los antiguos templos abandonados. ¿Había muerto en él la fe necesaria al hombre de acción? Amigos que admirábamos su talento, Blanco Fombona, Barbagelata, el que firma estas líneas, le sugerimos que escribiera, con severa imparcialidad, la historia de Bolivia. Al dedicarnos su obra ha recordado esta afectuosa complicidad. Seguros estábamos del éxito de su notable empeño.

Pero, al trasmutarse el crítico en cronista, abandona el país y vuelve a Europa, silencioso, desengañado, desnudo de esperanza. De los archivos en que sumergió sus manos trémulas surgió tal vez la visión dantesca de una patria condenada a permanente anarquía, de tiranías sin grandeza, de «Césares de Todo».

Arguedas nos ha dado su confesión que es como un capítulo americano del *Uomo*

finilo de Papini. El escritor se declara fracasado. La democracia le ha abandonado, ni le lee, ni le escucha. Enhestró su espíritu, creció en ambición y en fe, acaso soñó en ser el Reformador de su pueblo y sólo le queda el voluntario destierro como término a andanzas ilusivas. Como él, otros escritores de América que avanzaban en actitud de conquista, buscan el olvido y la paz. Arguedas ha escrito su breve elegía.

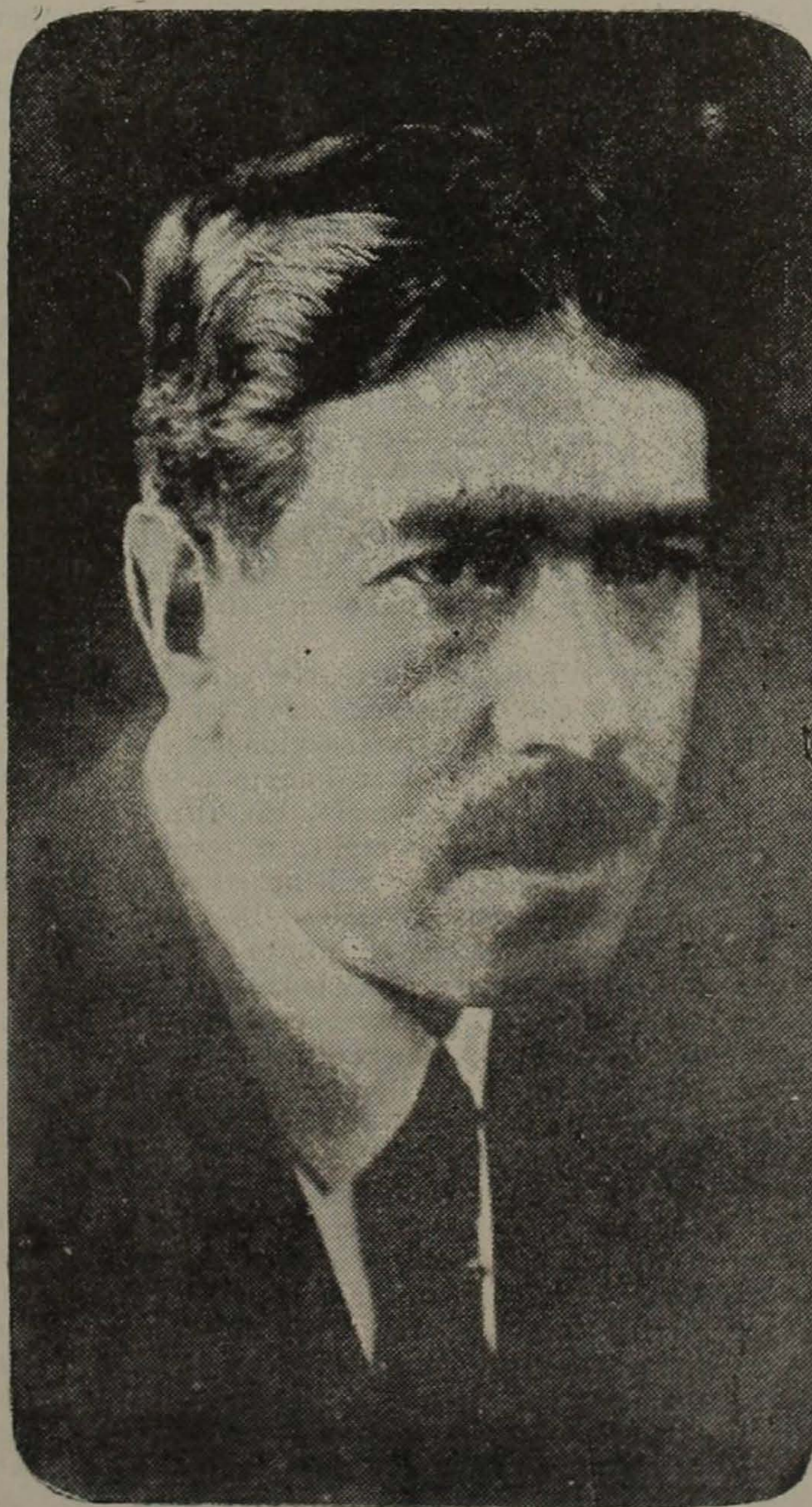
• •

Teníamos, en nuestras repúblicas, historias románticas sin segura documentación, visión más que examen, resurrección sin el soplo de los libros frenéticos de Michelet; o lenta inves-

tigación esclava de la cronología a la que faltaban perspectiva e ideas generales. Con Gil Fortoul, maestro de nuevas direcciones, el género se transforma. Es más precisa y más rica la información; el cronista estudia el espíritu de las épocas, tras la acción de individualidades con apetito de imperio, descubre oscuras corrientes de acción política; el duelo, en las almas, de razas que no han llegado a concertar su ambición. Arguedas pertenece a esta nueva escuela.

Con absoluta sinceridad empieza a escribir su Historia. Sin otra pasión que el culto de su patria, examina papeles inéditos, estudia libros raros, sigue en las bibliotecas la curva de un pasado singular. De uno a otro volumen observamos evidente progreso. En el primero, se limitaba a ajustar noticias y testimonios. En el segundo, consagrado a los *Caudillos letrados*, el historiador ordena los hechos en torno a figuras soberanas, juzga, compara, interviene como el coro antiguo con reflexiones y sugerencias mientras combaten los personajes secundarios. Conocemos ya el plan de libros venideros. Va a animarse la narración y veremos llegar los años trágicos como ineludible consecuencia de la anarquía de medio siglo.

¿Qué son los «caudillos letrados»? Con ironía los denomina así el historiador, porque ellos también se separan de los «doctores» y prefieren la fuerza nuda a la ciencia difícil, el *sic jubeo* a un lento examen de razones y consecuencias. Ni Velasco, ni Blanco, ni Ballivián, ni el mismo Santa Cruz forman parte de la estrecha clase de los que saben y meditan. Son hombres de ambición desatada y de firme acción. ¿Van a construir, con heroica voluntad, una patria seria, vencerán al caos con la violencia? La Historia de Arguedas demuestra que, en Bolivia, como en México o en el Paraguay, sin esfuerzo de organización y pacificación, sin el establecimiento de clases y partidos, sin la definición de intereses, sin sublime desinterés en los que mandan, la dictadura perpetúa un estado de incertidumbre y de guerra interior. En vez de crear el



ALCIDES ARGUEDAS

orden multiplica el desconcierto. En naciones que no tienen aristocracia civil o militar ni se enorgullecen de seculares tradiciones es entonces la degeneración, la miseria moral, el servilismo, el *ruere in servitium* de Tácito.

Santa Cruz, el más ilustre de los caudillos bolivianos, un napoleónido de ultramar, lo «reducía todo a su misma persona», según el testimonio de un diplomático francés de la época, M. Buchet-Martigny. En lugar de regenerar a su pueblo, de poner facultades de zar criollo en favor del orden futuro, sólo guardó favores, escribe el mismo testigo de excepción, para quienes le adulaban, le obedecían y le servían ciegamente.

* *

Menéndez y Pelayo sonreía porque don Diego Barros Arana había estudiado la historia de Chile en tantos volúmenes como los que consagrara Mommsen al prodigioso destino de Roma. Sin duda criticaría a Arguedas que, en ocho libros, estudia los períodos principales de la historia de Bolivia. ¿Por qué hemos de reducir a menudas proporciones la vida de estos nuevos pueblos destinados a futura grandeza? Erró quizás el crítico español. Nada significan actualmente esas naciones en el mundo, espectadores de una tragedia en que son otros estados personajes esquílinos. Dentro de dos siglos, si se cumple el vaticinio de Macaulay, si Europa perece en guerras de definitivo agotamiento, a las democracias americanas irá la simpatía de los últimos herederos de la civilización greco-latina. ¡Qué útil función entonces la de minuciosos historiadores que, como Villani o Giuciardini en Italia, estudiaron con amor las primeras décadas de repúblicas turbulentas!

Antes de que lleguen esos tiempos de plenitud, desde ahora, Arguedas contribuye a la formación de la conciencia nacional en Bolivia, vincula el presente inseguro al pasado de luchas y esperanzas, enseña que los muertos nos gobiernan a quienes se extravían en rutas que conducen a un extremo optimismo, pone las bases de su clara esperanza. La Historia de este escritor pesimista es un monumento de fe.

F. GARCÍA CALDERÓN.

(L'Amérique Latine, París).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejeps. de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series)
 Precio de cada serie > 2.50

Las revoluciones Hispano-americanas...

(Viene de la página 356).

en efecto lo ha sido. El Gobierno de Colombia cedió en 1847 a una Compañía americana el derecho a hacer un ferrocarril a través del istmo, y desde ese día la tranquilidad dejó de existir en esa faja privilegiada de territorio. Vivían allí de ordinario muchas gentes procedentes de los Estados Unidos, y las revoluciones se sucedían como las fases de la luna. Es de notar que casi todas estas asonadas empezaban o acababan en Panamá. El año 1903, como resultado de manejos que no puedo detenerme a clasificar en este momento, los panameños, ayudados por el Gobierno de Washington, se separaron de Colombia, que vive desde entonces en completa paz. En 1923 se ha celebrado allí el vigésimo aniversario de de la paz, de una paz octaviana. Ya ven ustedes cómo la ley a que me refería anteriormente no es una mera fantasía.

Se cuenta que examinaban a un chico de escuela en los Estados Unidos sobre la geografía de su país. Era el tiempo en que ocurría el escándalo de Chicago, por consecuencia de que se habían encontrado en las latas de carnes conservadas algunas medallas y hebillas que parecían procedentes de collares de perros. Preguntado este chico cuáles eran las industrias principales de los habitantes de los Estados Unidos, contestó con una tranquilidad digna de mejor suerte: «La industria principal de los Estados Unidos es la producción de alimentos higiénicos y de revoluciones sudamericanas».

Otra diferencia substancial entre las guerras civiles iberoamericanas y las guerras europeas internacionales se hace presente en el sedimento moral que es su consecuencia. En Iberoamérica las guerras civiles o revoluciones dejan un horror benéfico a ese género de luchas, cualesquiera que sean las conquistas, en punto a libertades y derechos, alcanzadas con tamaño esfuerzo. En las vecindades de Bucaramanga, próspera ciudad colombiana situada en las llanuras levemente onduladas del valle de Lebrija, tuvo lugar en 1900 una terrible batalla, que sorprendió al mundo por ser acaso la primera entre las modernas que llegó a durar hasta diez y siete días. Sin tiempo los revolucionarios ni los legitimistas para enterrar a los muertos, quemaron algunos cadáveres y abandonaron los otros a la voracidad de las aves rapaces o de bestias carniceras que abundan en esas regiones. Terminada la guerra, aquellos campos blanqueaban con el lívido aspecto de las osamentas humanas. La piedad

de los habitantes de esas comarcas recogió los huesos de los soldados en una sola y altísima pirámide, que ha sido cubierta con un techo pajizo para que la intemperie no la destruya. Ese monumento se conserva como una lección de historia. Las madres llevan a sus hijos a contemplar esa ignominia y a mostrarles el error y la abominación de la guerra. El pasajero que transita por esos lugares tuerce el rostro avergonzado y apresura el paso como para desechar tristes memorias de pasados horrores. En Iberoamérica tenemos el valor de reconocer nuestro error y no escondemos el remordimiento que nos inspira el recuerdo de nuestras luchas.

En Europa, las guerras dejan el culto de los héroes. Las naciones levantan pesados o esbeltos cenotafios, graban en mármol o en bronce los nombres de los muertos, construyen majestuosos arcos de triunfo y encienden a su sombra lámparas votivas para señalar la tumba del héroe desconocido.

Noto que he fatigado la atención del auditorio por mucho más tiempo del que me imaginaba, y voy a terminar. Volvamos al símil del cristal y de la abeja. El patriotismo mal entendido; el nacionalismo exagerado y amenazante; las preocupaciones raciales y el odio de tribu, forman un conglomerado sólido pero transparente para la mirada del filósofo; importa hacer flúida esa masa enorme, fundiéndola al calor del análisis y de la generosidad de nuestros sentimientos para que desaparezcan las causas de las guerras, así civiles como internacionales. Que sea la UNIÓN IBERO-AMERICANA, con su pasado glorioso, el núcleo de una desinteresada sociedad de naciones unidas por la igualdad de derechos, por el reconocimiento adecuado de deberes correlativos y sobre todo por una misma aspiración hacia el establecimiento de la paz definitiva por medio de un común ideal de justicia.

(Tomada de la Unión Ibero-Americana. Madrid.)

En una sala de conferencias de Madrid disertó recientemente el señor Sanín Cano acerca de las revoluciones americanas. El señor Sanín Cano es uno de los intelectuales de América que han adquirido rápidamente entre nosotros derecho de ciudad, sin perder su naturaleza originaria. Antes de que le tratásemos en Madrid, le habían dado a conocer entre los aficionados a las letras, algunos de sus trabajos literarios, como

la traducción del *Miguel de Cervantes Saavedra*, de Fitzmaurice Kelly.

A su estancia en Inglaterra debe probablemente el señor Sanín Cano el haberse familiarizado con el humorismo británico. Su disertación acerca de las revoluciones estuvo sazonada con las sales de este estilo. Aunque a veces pareciera que iba a llegar a la conclusión aparentemente paradójica de que las revoluciones de la América española habían sido un bien, expuso en su conferencia observaciones y pareceres certeros y originales.

Las revoluciones—indicaba el señor Sanín Cano—no han sido un morbo exclusivamente hispanoamericano. Francia, el pueblo de más extensa influencia cultural, ha tenido continuas revoluciones hasta época reciente. Europa conoció estas tormentas hasta que el crecimiento de los ejércitos permanentes, que condujo a la paz armada, dió a los poderes públicos un incontrastable predominio sobre las facciones, en el terreno de la fuerza. ¿Pero ha salido mejor librada Europa con esa solución? La guerra de los cuatro años responde elocuentemente. Las revoluciones no han costado a la América española la vigésima parte de lo que Europa ha despilfarrado en esa guerra, consecuencia de la ficticia paz de las armas. Podría añadirse que, sin llegar a la guerra, el despilfarro de la paz armada era más oneroso que las agitaciones revolucionarias de las jóvenes Repúblicas de ultramar. Estas agitaciones—agregaba el señor Sanín Cano, han producido indirectamente un efecto saludable: han moderado el nacionalismo haciéndole menos exclusivista y permitiendo que se cree un espíritu continental o racial, de comunidad entre los pueblos iberoamericanos. Hay entre los americanos un americanismo que no tiene equivalente de sentimiento europeo en Europa. Por otra parte, los grandes ejércitos permanentes no libraron a Europa de las revoluciones cuando llegó el momento propicio. Las fuerzas militares han sido instrumentos de la revolución en Rusia, en Alemania, en los pueblos del antiguo Imperio austrohúngaro, en Grecia, en Turquía...

* *

Lo anterior no es un puntual resumen, sino un esquema de las ideas expuestas por el Sr. Sanín Cano. Aunque él las desarrollara con un agradable humorismo, propio del estilo de conversación de las conferencias, sus conclusiones no eran humoradas, sino deducciones positivas.

Las revoluciones son una etapa y una forma de un proceso de transformación social. Hay menos opción de lo que se cree en las revoluciones. Ha sido frecuente que en un plano de discusión popular los partidarios de la evolución y los de la revolución disputasen acerca

de la utilidad y legitimidad de uno o de otro procedimiento. La disputa contenía un error inicial. No se trata de procedimientos políticos diferentes, entre los cuales se pueda escoger, después de bien pesados, las ventajas e inconvenientes. La revolución no es más que un momento agudo de una evolución. No hay revoluciones improvisadas, como un efecto de teatro. Podrán improvisarse las revoluciones artificiales, fabricadas por una influencia extranjera, a que aludía el Sr. Sanín Cano y los simulacros de revolución que lleva a cabo una facción o una clase, y que no mudan más que la nomenclatura y la superficie de las cosas; pero la revolución propiamente dicha es un fenómeno natural en que las iniciativas individuales no ponen más que matices. Antes de que la revolución se proclame y salga a las calles, está hecha en el medio social. El que la transformación de una República se opere por la dinámica lenta y constante de la evolución pacífica, depende de circunstancias sociales y no del arbitrio o preferencia de un grupo de exaltados. La revolución es siempre un episodio de una evolución, una explosión que han ido preparando hechos anteriores y que tiene por antecedente, por compañero y mi-

Asteriscos

Un Gobierno no consiste en los detalles. Un Gobierno consiste en la aplicación de las ideas. El problema del Gobierno laborista es conservar sus ideas limpias, puras y energicas, y, al mismo tiempo, buscar dentro del imperfecto mundo en que vive la mejor manera de aplicarlas.

* *

En política no tienen razón sino los oportunistas. Ya sean los oportunistas sueltos y sin ningún peso ideológico como Lloyd George o los oportunistas férreamente adoctrinados como Lenin. Las ideas políticas, aunque haya a quien le parezca absurdo, están limitadas por su posibilidad de aplicación. La misma idea comunista no es igual en Rusia que en Inglaterra. En Rusia es una idea poderosa; en Inglaterra es insignificante. Lo mismo le ocurre, dentro de las variaciones de las circunstancias, a las ideas fundamentales del laborismo. Ese proyecto de nacionalización de las minas, que ha caído en una sola tarde en la Cámara de los Comunes, sin provocar demasiados entusiasmos ni demasiadas indignaciones, será un proyecto que enardezca a la masa entera del país en cuanto los laboristas tengan mayoría parlamentaria. Hoy, por esto, no es un pecado muy grave que el Gobierno lo haya abandonado a su propia suerte.

CÉSAR FALCON

(*El Sol*, Madrid).

nistro, un estado pasional más eficaz que el razonamiento. Hechos como la separación pacífica entre Suecia y Noruega, por ejemplo, o al revés: la unidad italiana y la unidad alemana, no pueden producirse sin una preparación social y una anterior educación política. No son obra de un hombre, aunque encuentren el hombre necesario, porque el ambiente está preparado para facilitar la obra del ejecutor.

En los pueblos hispanoamericanos, la frecuencia de las agitaciones revolucionarias no es argumento contra su capacidad política. Las revoluciones de América son episodios de un proceso constituyente natural en pueblos nuevos, que no habían podido hacer su aprendizaje político bajo el régimen de los virreinos. Son una crisis de crecimiento de naciones jóvenes que están construyendo su Estado. Comunidades políticas desprendidas de España, han heredado de ella la necesidad constituyente; más el proceso ha tenido que ser distinto en la España peninsular y en las repúblicas hispánicas del Nuevo Mundo. Sobre aquéllas pesaba y pesa grandemente la herencia histórica y la paralización secular de la vida cívica desde los Austrias. En los nuevos pueblos hispanoamericanos la independencia rompió las ataduras tradicionales y dejó reducida la tradición a valores de orden espiritual, modificados por influencias de otros pueblos. Allí el Estado ha debido constituirse de nueva planta, bajo influjos diferentes como el de la Revolución Francesa, el ejemplo de Norte América, revelado en la propensión a las formas federales, y el fondo nativo del carácter y costumbres españolas, no muy alterados por las infiltraciones y mezclas étnicas.

Este proceso constituyente no aparece hasta ahora demasiado largo si se consideran las circunstancias de los pueblos hispanoamericanos: lo reciente de su emancipación, su falta de educación política anterior y la escasa densidad de su población, diseminada, por lo general, en grandes territorios. En algunos pueblos está ya produciendo admirables resultados. En un Congreso panamericano, la Argentina ha podido vanagloriarse de sostener más maestros que soldados. Van creándose en los pueblos más avanzados en este proceso estructura y sistemas políticos estables. Se inician transformaciones políticas y sociales como las de Méjico y el Uruguay, y en toda esta familia de pueblos se han consagrado ciertos principios, como la forma republicana, el ideario democrático, la aspiración cultural y el ansia de modernidad, que a todos, así a los señores como a los rezagados, los envuelven en una semejante atmósfera moral, los aproximan y favorecen sus inteligencias.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

(*La Voz*, Madrid).



LA EDAD DE ORO

37.—La Zorra,
la Liebre y el Gallo.

Eranse una Liebre y una Zorra. La Zorra vivía en una cabaña de hielo y la Liebre en una choza de líber⁽¹⁾. Llegó la primavera, y los rayos del Sol derretieron la cabaña de la Zorra, mientras que la de la Liebre permaneció intacta. La astuta Zorra pidió albergue a la Liebre, y una vez que le fué concedido echó a ésta de su casa.

La pobre liebre se puso a caminar por el campo llorando con desconsuelo, y tropezó con unos perros.

—¡Guau, guau! ¿Por qué lloras, Liebrequita?—le preguntaron los Perros.

La Liebre les contestó:

—¡Dejadme en paz, Perritos! ¿Cómo queréis que no llore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una de hielo; la suya se derritió, me pidió albergue y luego me echó de mi propia casa.

—No llores, Liebrequita—le dijeron los Perros—; nosotros la echaremos de tu casa.

—¡Oh, no! Eso no es posible.

—¿Cómo que no? ¡Ahora verás!

Se acercaron a la choza y los Perros dijeron:

—¡Guau, guau! Sal, Zorra, de esa casa. ¡Anda!

Pero la Zorra les contestó, calentándose al lado de la estufa:

—¡Si no os marcháis en seguida, saltaré sobre vosotros y os despedazaré en un instante!

Los Perros se asustaron y echaron a correr. La pobre Liebre se quedó sola, se puso a andar llorando desconsoladamente, y se encontró con un Oso.

—¿Por qué lloras, Liebrequita?—le preguntó el Oso.

—¡Déjame en paz, Oso—le contestó—. ¿Cómo quieres que no llore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una cabaña de hielo; al derretirse la suya, me pidió albergue y luego me echó de mi propia casa.

—No llores, Liebrequita—le contestó el Oso—; yo echaré a la Zorra.

—¡Oh, no! No podrás echarla. Los Perros intentaron hacerlo y no pudieron; tampoco lo lograrás tú.

—¿Cómo que no? ¡Ahora verás!

Se encaminaron hacia la choza y el Oso dijo:

—¡Sal, Zorra, de la casa! ¡Anda!

Pero la Zorra contestó tranquilamente:

—¡Espera un ratito, que saldré de casa y te despedazaré en un instante!

El Oso se asustó y se marchó. Otra vez se puso a caminar la Liebre llorando, y encontró a un Toro, que le dijo:

—¿Por qué lloras, Liebrequita?

—¡Oh, déjame en paz, Toro! ¿Cómo quieres que no llore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una de hielo; después de derretirse la suya, me pidió albergue y luego me echó a mí de mi propia casa.

—¡Por cuán poco lloras! Vamos allá, que yo la echaré de tu casa.

—¡Oh, no, Toro! No podrás echarla. Los Perros quisieron echarla y no pudieron; luego el Oso intentó hacerlo y no pudo; tampoco tú lo conseguirás.

—¡Ya verás!

Se acercaron a la choza y el Toro gritó:

—¡Sal de casa, Zorra!

Pero ésta le contestó, sentada al lado de la estufa:

—¡Aguarda un poquito, que saldré de casa y te despedazaré en un abrir y cerrar de ojos!

El Toro, a pesar de su valentía, tuvo miedo y se marchó. Otra vez quedó sola la pobre Liebre y se puso a caminar vertiendo amargas lágrimas, cuando tropezó con un Gallo que llevaba consigo una guadaña.

—¡Quiquiriquí! ¿Por qué lloras, Liebrequita?

—¡Déjame en paz, Gallo! ¿Cómo quieres que no llore? Tenía yo una choza de líber y la Zorra una de hielo; después de derretirse la suya, me pidió albergue y luego me echó a mí de mi propia casa.

—¡Vámonos, que yo la echaré de allí!

—No, Gallo, no podrás echarla. Los Perros quisieron echarla y no pudieron; el Oso quiso hacerlo y no pudo; al fin el Toro lo intentó, pero sin resultado; tampoco tú podrás hacerlo.

—Ya verás como sí. ¡Vamos!

Se acercaron a la choza y el Gallo cantó:

—¡Quiquiriquí! ¡Llevo conmigo una guadaña y quiero despedazar a la Zorra! ¡Sal en seguida de casa! ¡Anda!

La Zorra oyó el cantó y se asustó.

—Aguarda un ratito—dijo—; estoy vistiéndome.

El Gallo cantó por segunda vez.

—¡Quiquiriquí! ¡Llevo conmigo una guadaña y quiero despedazar a la Zorra! ¡Sal de la casa! ¡Anda!

La Zorra, asustándose aún más, le contestó:

—Estoy ya poniéndome el abrigo.

El Gallo cantó por tercera vez:

—¡Quiquiriquí! ¡Llevo conmigo una guadaña y quiero despedazar a la Zorra! ¡Sal de la casa! ¡Anda!

La Zorra tuvo un miedo tan grande que salió de la casa, y entonces el Gallo la mató con la guadaña. Luego se quedó a vivir con la Liebre en su choza y ambos pasaron la vida en paz y concordia.

AFANASIEV

(Cuentos populares rusos).

38.—El cacao

El cacao fué desconocido en Europa hasta el descubrimiento del Nuevo Mundo. Los indígenas lo cosechaban en las regiones de la América Central, Tabasco y Chiapas, reputándose el mejor el de Soconusco; lo llamaban *cacahuatl*; usaban el corriente como moneda que circulaba no sólo en el Imperio Mexicano, sino también en los países colindantes, y el fino exclusivamente de alimento. «Dichosa moneda—exclama Pedro Mártir de Anglería—que proporciona al hombre una bebida agradable y provechosa, y a sus poseedores preserva de la peste infernal de la avaricia, porque no pueden enterrarla ni guardarla mucho tiempo».

Sólo los señores principales consumían el cacao en bebida; «la gente común—observa Fernández de Oviedo—no usa ni puede usar con su guía o paladar tal brebaje, porque no es más que empobrecer adrede e tragarse la moneda e echalla en donde se pierde». Esa bebida no era otra que la llamada chocolate o *xocoatl*, voz formada de *xococ*, que significa agrio, y *atl*, agua; «agua agria»,

(1) Una capa interna y fibrosa de la corteza de los árboles, que se emplea mucho en Rusia para hacer calzado y hasta prendas de vestir.

porque el cacao con agua y sin dulce, es muy amargo, y así lo tomaban los mexicanos.

La primitiva fórmula del chocolate, venía a ser lo que más tarde llamaríamos *cacao frío* o *espuma de cacao*. «Mezclaban con el cacao varias yerbas, especias, chiles, miel, agua rosada, granos del *pochotl* o ceiba, y especialmente maíz. Conocían varios métodos para preparar la bebida; pero siempre en frío y así se tomaba. Lo general era moler el cacao y demás semillas, desleir la pasta en agua, separar una parte y ponerla en mayor cantidad de agua, batir el líquido y pasarle varias veces de un vaso a otro, dejándole caer desde alto, para que formase espuma». Se servía, transformado casi en espuma a fuerza de batirse, en unas grandes jícaras (*xicalli*, «vaso de calabazo»), al final de la comida. El emperador Moctezuma II lo tomaba en abundancia. Bernal Díaz refiere, al describir el servicio de mesa de aquel suntuoso monarca, que, al estar comiendo, de cuando en cuando le traían «unas como copas de oro fino, con cierta bebida hecha del mismo cacao».

El Padre Clavijero, hablando del cacao es un tanto explícito, y casi nos da la fórmula dosificada que para preparar el chocolate tenían los mexicanos. «Con el cacao—asienda—formaban varias bebidas comunes, y entre ellas las que llamaban *chocolatl*. Molían igual cantidad de cacao y de semilla de *pochotl*: ponían todo junto en una vasija, con una cantidad proporcionada de agua; allí lo meneaban y agitaban con el instrumento de madera, llamado *molinillo* en español: hecho esto, ponían aparte la porción más oleosa que quedaba encima. En la parte restante mezclaban un puñado de pasta de maíz cocido y lo ponían al fuego hasta darle cierto punto, y después de apartado le añadían la parte oleosa y esperaban a que se entibiase para tomarlo. Los mexicanos—agrega—solían perfumar su chocolate y las otras bebidas de cacao, o para realzar su sabor, o para hacerlas más saludables, con *tlixochitl* o vainilla, con flor de *xochinacatzli*, o con el fruto del *mecaxochitl*, y las dulcificaban con miel, como nosotros hacemos con azúcar.»

Conocido el chocolate por Hernán Cortés y sus compañeros, a fines de 1519, en que a su llegada lo tomaron en la misma corte de Moctezuma, deben haberlo transmitido a España, con los instrumentos para su elaboración, hacia 1528 en que el Conquistador volvió a la Península.

En un principio, fué del exclusivo uso de los españoles. Popularizólo en Madrid las señoras, y sobre todo los frailes, al grado de que bien pronto pasó a Flandes; el viajero Francisco Carletti lo introdujo en 1606 a Florencia, y antes de 1642 se conoció en Francia, llevado, según unos, por religiosos iberos, y según otros, por Ana de Austria, esposa de Luis XIII, habiendo sido la primera persona en tomarlo, el arzobispo de Lyon, cardenal Alfonso Luis Plessis, hermano mayor de Richelieu.

Propagado por toda Europa, no obstante que por algunos años se le tuvo como medicamento, llegó a ser su uso tan común que, más conocido que el café, era el alimento tomado en el desayuno, y el Viejo Continente consumía cada año veinte millones de libras de cacao.

LUIS CASTILLO LEDÓN

(E Chocolate).

39.—La nivelación de la papa y del maíz

La papa o patata (*solanum tuberosum*), el dón más precioso, según la expresión de Bomaré, que ha hecho la América al Antiguo Continente, se cría en las más grandes elevaciones del globo. A todas partes adonde el hombre ha subido su industria, le ha seguido esta planta benéfica. Menos delicada que el trigo, no ha temido los

rigores del frío ni los hielos eternos de la Zona Tórrida, y no conocemos hasta dónde llega su resistencia; quien sabe si, como el musgo lichenés y demás criptogamias, produciría con utilidad y lozanía en el término superior de la vegetación de nuestro globo bajo de la línea. Si no conocemos los límites de la región que ama la papa con preferencia, sabemos que el inferior no pasa de los países medianamente templados: de 24 pulgadas barométricas hacia abajo no se vuelve a ver esta planta preciosa, y está confinada dentro de 747 toesas sobre el mar, y el término de las nieves perpetuas entre los trópicos.

El maíz (*zea maiz*), el grano más importante del Nuevo Mundo, y sin contradicción más útil que el trigo y la cebada, es también la planta cuya vegetación tiene límites más extensos. No teme el frío como el plátano y la caña de azúcar, ni el calor como la papa; se le ve tanto al lado del trigo y la cebada en los pueblos elevados, como al del cacao y yuca en los ardientes; en todos los lugares donde hay hombres hay maíz. Desde Riobamba, la población más elevada que conocemos, hasta Cartagena y Guayaquil, en todas las temperaturas posibles, en todas las presiones atmosféricas, nos acompaña esta planta preciosa, este recurso de nuestras necesidades, esta fuente inagotable de composiciones deliciosas y variadas. Sobre la costa, en donde el hombre no ha podido connaturalizar el trigo, o más bien en donde un enemigo poderoso no le permite habitar, produce dos veces al año, y se eleva su caña a cinco o seis varas; en los países templados no se eleva tanto, y su fruto viene a los ocho meses; en los fríos y elevados apenas sube una vara, y aun menos, y no viene sino a los doce o trece meses. Es tan constante esta ley, que el maíz puede muy bien indicar por aproximación el grado de temperatura y la elevación del suelo, por el tiempo que dilata en producir y por la altura de su caña.

FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

(Obras).

40.—Yo escucho el canto de la América

Yo escucho el canto de la América,
yo oigo sus múltiples canciones,
esas de los mecánicos que son alegres y potentes,
el carpintero canta al medir sus tablones y sus vigas,
el albañil al partir al trabajo y al dejar el trabajo,
desde sus botes los barqueros, los marineros en cubierta,
desde su banco el zapatero; cantan de pie los sombrereros
y la canción del leñador, del arador en su faena,
el canto dulce de la madre y el de la esposa en sus labores...
Canta la niña cuando lava, canta la niña cuando cose,
cada uno canta lo suyo propio y nada más;
el día canta a la luz del día. Por la noche,
en grupos, los jóvenes, robustos, fraternales
cantan a boca plena sus canciones vigorosas y fuertes.

WALT WHITMAN

(Trad. de A. TORRES RIOSECO)



Latinidad y americanismo

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

PARÍS le esperaba. En medio de las preocupaciones de la guerra, se preparaba para recibir a este glorioso hijo del lejano Uruguay con honores iguales a su mérito. La Academia lo habría recibido entre sus inmortales; el Senado y la Cámara le habrían tributado un homenaje en nombre de Francia; la Sorbona habría oído su palabra rica de fé y de poesía; los amigos y admiradores le habrían festejado, proclamándole por unánime consentimiento, el discípulo elegido de Renan, el digno heredero de la antorcha de su pensamiento. Pero él tardaba en llegar

y murió entre nosotros, en Palermo, el 1º de mayo de 1917, silenciosamente, como había vivido; apóstol del ideal, peregrino de la ilusión. La noticia de su prematuro fin, apenas si halló un lugarcito en nuestros grandes cotidianos. Fué olvido el nuestro y grave ciertamente, pero no fué culpa. Nuestro corazón en aquella negra primavera era demasiado presa de la angustiosa duda sobre nuestra suerte, que se delineaba, teñida en sangre, cerca de nuestras fronteras y parecía precipitar, de un momento a otro, en un bien o en un mal sin límites, confiada al sacrificio de un pueblo entero que quería, quería, quería a toda costa salir de la opresión con la frente irradiada por el triunfo. Pero hoy, si siguiéramos olvidando, pecaríamos de indiferencia y de injusticia. Porque, además del interés que el hombre altamente representativo de cada país del mundo despierta en todos aquellos cuya vida no se reduce solamente a satisfacer necesidades materiales, para nosotros, los italianos, particularmente querido debe ser este escritor en cuyas páginas hallamos todo el genio de nuestra civilización y cuyo canto de cisne fué aquel con el cual glorificó las bellezas de nuestras ciudades, nuestros seculares recuerdos y nuestras nuevas esperanzas de las que lanzó toda la poesía, todas las intensas vibraciones alternadas de llanto y de alegría a través del océano en las correspondencias por él enviadas a *Caras y Caretas*, a fin de que su pequeña, joven patria latina conociese y venerase la antigua progenitora, la Roma eterna del Carmen secular de Horacio.

Alguien, lamentando la muerte de José E. Rodó, pensó que «no siendo en Atenas, debía morir....en París, después de los festejos en su honor en el centro de la cultura latina». No! Aquel que condenando, como veremos, la moderna civilización norteamericana por su mezquino utilitarismo y comparándola con la tradición clásica escribió: «es difícil que el extranjero, quedese alta mar divisa su gigantesco símbolo, la Libertad de Bartholdi, que levanta triunfalmente su antorcha sobre el puerto de Nueva York, sienta despertarse en el alma la emoción pro-

civilización latina y con el esplendor musulmán, unificando en incomparable armonía sus caracteres y sus recuerdos. Lo cierto es que en su obra y en su arte hallamos la gracia de Platón, el calor de Cicerón, la radiante imaginación oriental, además de la universalidad cristiana del Amor.

La importancia literaria y filosófica de Rodó está, sobre todo, en haber señalado claramente a los jóvenes de su generación, los caminos que debían seguir y los ideales que debían perseguir a fin de que las nuevas repúblicas de las cuales son la esperanza y el porvenir, lleguen a adquirir la importancia y la consideración que se les debe en el gran comercio mundial, en la acepción más lata de la palabra; política y literariamente, como contribución científica y resultado económico.

La *Revista nacional de Literatura y Ciencias sociales* que fundó con los hermanos Vigil y Víctor Pérez Petit, tuvo una eficacia grande, indiscutible no solamente sobre las riberas del Río de la Plata, sino en todo el continente americano. Las múltiples ediciones de sus obras, *La vida nueva* (1897), *Ariel* (1900), *Liberalismo y Jacobinismo* (1906), *Motivos de Proteo* (1909) y el *Mirador de Próspero* (1913) agigantaron su fama. Poco antes de morir, a un periodista argentino que lo entrevistaba, declaró: «Nosotros queremos una literatura que sea una fuerza positiva en la formación de una conciencia americana y que abrace la complejidad de los intereses materiales y morales de nuestra cultura. Yo acaricio este ideal de americanismo desde mis primeros trabajos».

Para poder mirar con fé el porvenir, se necesitaba un hombre de indómita fé, la palabra de un alma titánica que fuera toda una llama de amor y una luz de esperanza para la patria; José Enrique Rodó fué el hombre señalado por el destino. Habló a los jóvenes con llaneza, píamente, con la sonrisa y con la palabra fácil, para que fácil les pareciera la ardua empresa. Su *americanismo* es, pues, fe; es voluntad de progreso, es renovación, significa el aspecto práctico de su lema idealista: renovarse. En la renovación Rodó buscaba la vida; *renovarse es vivir* como

Cartago, agosto 6 de 1924

Señor

Don Joaquín García Monge

San José

Muy apreciado señor:

Son tan contadas las veces que, hablando de Italia, se han emitido juicios serenos, libres de preconceitos nacidos de antipatías o antagonismos raciales o políticos, que la publicación por Ud. hecha, en los números 19 y 20 del REPERTORIO AMERICANO, de los artículos La política italo-americana y La Nave Italia me ha sorprendido agradablemente y me obliga a enviarle, como italiano, mis más vivos agradecimientos. Remítome también la traducción de un artículo sobre José E. Rodó, hecha a la carrera y por lo tanto imperfecta, que espero sin embargo, le servirá para imponerse de la importancia que nuestros escritores atribuyen a la obra del más representativo de los intelectuales latino-americanos. A la intelectualidad italiana, cuya nueva orientación se debe en gran parte al movimiento filosófico iniciado por Benedetto Croce, Vittorio Pareto, Gentile, Papini etc., no podía dejar de admirar la afinidad tan profunda que existe entre el pensamiento de éstos y el del grande uruguayo.

De Ud. muy atento S. S.,

ANTONIO ZANETTI

funda y religiosa con que el antiguo viajero debía mirar en las noches diáfanas del Atica, el resplandor que la lanza de oro de la Atenea del Acrópolis dejaba advertir a distancia en la pureza de aquel ambiente sereno»; aquel que esto escribió, no habiendo muerto en Atenas, debía morir en Italia, en la tierra que más lo ha seducido. En vano buscó París atraerlo con sus fascinaciones. No pudo vencerlo la lisonja de la celebridad que la gran metrópoli le decretaba. Siempre dilatada: presagio tal vez de su fin, quiso encontrarlo en la bella isla donde la belleza griega se había juntado con la

en el obrar los latinos. Él fué en verdad una admirable alma clásica y universal: tuvo de la belleza el sentimiento griego y del amor, el sentimiento cristiano; su americanismo, pues, es la negación más absoluta, la condena inapelable de aquel otro americanismo del norte, de filiación anglo-sajona, al cual decididamente se opuso.

Los nietos de Albión tendían codiciosos las azucaradas redes para atrapar estos lejanos nietos de Roma; y muchos crédulos quedaron presos. Rodó lanza entonces su grito de alarma. «Es necesario oponerse con el sentimiento y con la razón a esta nordomanía. Nosotros, americanos latinos, tenemos una herencia de raza, una gran tradición étnica que conservar, un vínculo sagrado que nos une a las páginas inmortales de la historia y a nuestro honor ha sido confiada su continuación en el porvenir». Demasiado lejana está la raza latina de América de la concepción anglo-sajona utilitaria del destino humano; de la chata igualdad en la mediocridad de toda energía y de todos los valores; de su moderno verbo de sensacionalismo cuya suprema finalidad tiende exclusivamente a aumentar el bienestar material, al cual queda sumisa todo orden de actividades. Rodó, aun reconociendo lealmente algunas buenas cualidades y los buenos resultados de la organización de los Estados Unidos, confiesa con tanta sinceridad que los admira pero no los quiere. ¡No puede quererlos! El discierne con penetrante agudeza el vacío, las imperfecciones, la superficialidad. El norteamericano describe el círculo vicioso señalado por Pascal cuando, corriendo en pos de bienestar, no busca su fin fuera de sí mismo: con todas sus riquezas, carece de buen gusto; no conoce la virtud de la selección; junto al orden mecánico de su actividad material y de su vida política se halla un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales; en medio del turbulento e incesante trabajo para aumentar su prosperidad, no conoce el noble significado del *ocium* latino, es decir, de las horas dedicadas a las especulaciones desinteresadas del espíritu. No es este, no debe ser este nuestro americanismo, dice Rodó a sus gentes. Ser americanos para él significa recordar sus propios orígenes españoles y latinos. Significa también otra cosa: no extrañarse corriendo tras las falsas imágenes de la moda de París, tan adversa al genio español, que con sus oropeles simbolistas y decadentistas había deslumbrado a algunos de sus jóvenes compatriotas, quienes más bien necesitaban modelos fuertes y sanos en la noble empresa que les esperaba para la regeneración de su patria.

Fuera de toda duda, la eficacia de Rodó se debe, sobre todo, a la amabili-

dad con la cual discurre, a aquel don de persuasión suyo que Anatole France llamaba divino. Más que Montalvo, excesivamente personal, demasiado impetuoso, él contribuyó a hacer de Montevideo aquel brillante centro de intelectualidad intensa y fecunda que hoy se gloria de ser. Léase *Ariel*, la más representativa de sus obras: hay en ella la poesía de un sacerdote de la belleza, la vibración de un alma que cree en el porvenir y en el progreso como en una religión, la llama de la más alta idealidad; y de cada palabra reboza tanta simpatía para la humanidad, que nos dejamos llevar, llenos de confianza, por sus razonamientos, le escuchamos atentamente, con mucho deferencia, como se escuchan los consejos de un sabio y experimentado amigo. Más o menos, le aconteció lo contrario de lo que aconteció a Renán, su pensador predilecto: en el escepticismo de la crítica histórica de éste, se trasluce dondequiera el vago misticismo que meció su juventud en el seminario de Treguier; en Rodó, más bien, el rígido positivismo de Augusto Comte, al que educó su intelecto, queda vencido por las naturales inclinaciones de su espíritu, que lo llevan a las más ardientes manifestaciones de fe en un porvenir siempre mejor por virtud humana, en el cual toda la vida será belleza, toda la belleza amor, todo el amor caridad. «Hasta que exista en el mundo la posibilidad de disponer dos pedazos de leño en forma de cruz—es decir, siempre—la humanidad continuará creyendo que el amor es el fundamento de todo orden establecido y que la superioridad jerárquica en el orden, no será otra cosa que una superior capacidad de amar»!

¡Con qué corazón, nosotros, hombres de la vieja Europa, agobiados por los siglos y por las tradiciones, leemos estas palabras! Nosotros, que creíamos que la formación moderna de las nuevas naciones de América fuera toda engoznada sobre la doctrina del más fuerte y del más productivo! He aquí, más bien, que de la blanca ciudad del Río de la Plata nos llega una voz que dulcemente nos saca del error y nos dice que también allá lejos, entre los pueblos que aspiran a su resurgimiento, algunos hay que fijan sus miradas, como faros luminosos, en Atenas, en Roma, en el Gólgota: los tres factores potentes y eternos de nuestra civilización.

RUGGÈRO PALMIÈRI

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

El jay! de los pueblos abandonados

Somos los pueblos abandonados en el martirio de la inacción; somos los pueblos que aun existimos... en el olvido de la nación.

Malos caminos, peores escuelas, y el caciquismo y la ingratitude: esa es la herencia que nos legaron cual patrimonio de esclavitud.

Somos los hijos que van descalzos por el sendero del malestar; sólo se acuerdan de nuestras vidas cuando los «votos» debemos dar.

Y mientras tanto se va extendiendo como una hoguera nuestro dolor, hasta que un día, la nueva aurora, sobre el incendio pondrá un fulgor.

J. J. SALAS PÉREZ

San Ramón, 1924.

A manera de autosiluetas...

(Viene de la página 360)

ante la eternidad. *Yo* tengo amor, y tengo mis dos hijos, y tengo una hija también. Sé que algunos murmuran; porque tener conceptos justos se aplaude y acordar los actos a esos conceptos se vitupera; porque la rebelión y la independencia enfurecen a los mansos. Cuando un hombre pisa recio y la acera retumba, el buenazo de mi perro ladra y escandaliza la calle. Dentro de mi casa, sin embargo, están conmigo los míos, y permanecen tranquilos, con todos mis amigos, que continúan viniendo a mí.

Pasemos.

Odio los gestos, las presuntuosas bizarrías con que algunos suelen adornarse de plumas. Odio esto en la vida y en el arte, en *mi* arte. No soy un simple; aspiro a ser un simplificado. Amo la sencillez precisamente porque en ella encuentran paz los complejos. Y como en la sencillez cabe la multiplicidad, ella es mi norte, mi fin en la depuración.

He definido el arte así: *Es una ficción que sirve para comunicar, no la verdad misma, sino la emoción de la verdad.* Y he dicho sobre mi ideal de estilo: *Música y transparencia*, porque con esto cumplido, las demás virtudes vienen solas.

Acerca de mi definición del arte, no creo necesario insistir. Cuando más, pido fijarse en que digo *comunicar* y no *expresar*. La expresión lisa y llana, por exacta y poderosa que sea, pertenece a la ciencia; comunicar y aun contagiar es misión del artista.

Defino en cambio esas dos palabras sobre el estilo, *Música y transparencia*. Porque yo desearía que, al leer mis obras, el lector se olvidara de que lee y recibiera sólo, como directas de

la vida y de la naturaleza, las sensaciones y las emociones de cuanto quise comunicarle. A esto tiende mi esfuerzo de prosista, a la transparencia para que nada estorbe ni distraiga, y a la música, porque sin ella no hay ondas simpáticas que penetren el corazón. Ya sé que esto resulta lo más difícil, porque las lecturas de nuestro aprendizaje literario, queramos o no, dejan en nosotros taras que nos entorpecen, que llegan a hacernos más fácil un modo difícil de hablar, que el fácil en realidad por lo simple y espontáneo; pero ello se consigue con un anhelo incesante de honradez y simplificación. El arte es, ¡felizmente!, muy difícil. Lo odioso es la fácil mentira artística, la simulación de esa «exquisitez» que no pasa de presunción. Abomino los estilos presuntuosos; son los falsificadores de la propia verdad. Además, este literatismo conduce a la estultez de pretender mostrarse excepcional. El gran error, advirtió Hugo, está en creer «que yo no soy tú». No importa sentir como todos los hombres; antes bien, conviene, para ser universal. La cuestión estriba en ahondar en ese sentir común. He ahí el vigor.

EDUARDO BARRIOS

(Social. La Habana).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Santa Teresa: <i>Las Moradas</i> , 1 vol. pasta.....	4.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Azorín: <i>El chirrión de los políticos</i>	3.00
R. Rolland: <i>Vidas ejemplares</i> (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta).....	3.00
Homero: <i>Ilíada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Longfellow: <i>Evangelina</i> , Trad. en prosa de R. Merchán.....	1.20
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poemas ori- ginales</i>	1.25
Arturo Borja: <i>La flauta de bñix</i>	2.00
Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i>	5.00
B. Contreras: <i>Antología de poe- tas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00
Homero: <i>Odisea</i> (un tom. pasta)	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi Espa- ña</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i>	2.50
José Vasconcelos: <i>Estudios In- dostánicos</i>	4.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Flori- legio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de Otoño y otros poemas</i>	2.25

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Cien-
cias y Educación, Misceláneas y Docu-
mentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega.....	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).....	12.00
El tomo (para el exterior)...	\$ 3.50 oroam.
La página mensual de avisos (4 inserciones).....	20.00 >>

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

25 varas al NO. de la Artillería.

TELÉFONO N° 899

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLAN-
TA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE

COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PIDALO

en todas las BOTICAS

